

SOMBRAS EN BILBAO

Emmanuel Delamarre Ruiz

© 2025, Emmanuel Delamarre Ruiz

© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris

Contacto: info@editorialrunaris.es

Web: www.editorialrunaris.es

ISBN: 9788409759286

Depósito legal: SE 1558-2025

Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

For wild girl

ÍNDICE

CAPÍTULO I	11
SOMBRAS EN BILBAO	11
LA SOMBRA DEL PASADO	12
LEALTAD	15
EL ECO DE LAS SOMBRAS	20
 CAPÍTULO II	 23
UN NUEVO RUMBO	23
LEIRE FUE SU PRIMER CASO	27
UNA SEÑAL	30
INFANCIA	36
 CAPÍTULO III	 41
LA INVESTIGACIÓN	41
LA NOCHE INTERMINABLE	51
OCTAVO DÍA	59
EL PACTO	62
ADOLESCENCIA	63
 CAPÍTULO IV	 67
LAS NOCHES MÁS CÁLIDAS	67
TESTIGO CLAVE	76
LAS PRIMERAS CONCLUSIONES	79
HIPOCRESÍA	83
EL INICIO DEL CAOS	87
 CAPÍTULO V	 91
RETRATO ROBOT	91
EL TESTIGO	95

EL ARRESTO	95
LA PRESIÓN MEDIÁTICA	96
ABISMO	98
EL ARTE DEL ENGAÑO	101
 CAPÍTULO VI	 105
LA QUIETUD DE LA MADRUGADA	105
UN NUEVO DESCUBRIMIENTO	107
EL MENSAJE	115
PIEZAS DE UN PUZLE	118
 CAPÍTULO VII	 125
ASESINO EN SERIE	125
LA CONFRONTACIÓN	130
ÚLTIMA OPORTUNIDAD	138
EL JUICIO	140
 CAPÍTULO VIII	 143
SU PROPIO INFIERNO	143
EL PINAR	147
SU ÚLTIMO SUSPIRO	152
EL REFLEJO DE LA CIUDAD	156
 CAPÍTULO IX	 161
LA NIÑA	161
SU LIENZO	166
 CAPÍTULO X	 173
URÓBORO	173
SUS OJOS	181
 CAPÍTULO XI	 189
AMANECER	189
SU CAMINO	193

CAPÍTULO I

SOMBRAS EN BILBAO

Me desperté con la cabeza a punto de estallar. Aún llevaba puesta la ropa de la noche anterior, arrugada y con manchas de polvo en el cuello de la chaqueta. No me importaba.

Cerré los ojos por un instante, dejándome llevar por la nostalgia, y una leve sonrisa se dibujó en mis labios. Hoy no era un día cualquiera; era uno de esos días en los que el peso del legado de mi padre, en lugar de aplastarme, me llenaba de orgullo. Mi padre había sido un inspector excepcional, alguien que marcó la diferencia. Todavía resuenan en mi mente las palabras de sus antiguos compañeros la noche anterior. Era imposible no sentir admiración por él.

Sabía que ya era tarde. Me levanté de un salto, me dirigí a la cocina y agarré lo primero que encontré: un café frío que había dejado en la nevera la noche anterior. De esos cafés baratos que se compran en el supermercado. Me lo bebí de un trago, sin ganas, ignorando el sabor amargo que dejó en mi boca.

—Otra jornada más —me repetía en voz baja mientras corría escaleras abajo hacia la calle.

Antes de salir del portal, percibí a través del rabillo del ojo izquierdo algo en el buzón que me llamó la atención: un fino sobre marrón sin remitente, colocado encima de la caja de metal. Lo examiné a la luz, dudando si sería una bomba. Era ligero. Lo abrí raspando el costado con la uña del dedo índice, y mi rostro se palideció al ver las fotografías *Polaroid*. En una imagen vi un primer plano de una víctima, a quien reconocí al instante. El miedo estaba congelado en sus ojos y,

en otra foto, veía una mano ensangrentada. La carta solo contenía las dos fotos y una breve nota escrita a máquina detrás, en el margen inferior: ¡La sombra!

Confundido, me agarré al portal de la entrada para no caer... Comprendí que aquello no era más que el comienzo de algo mucho más siniestro. Con el sobre aún en la mano, dirigí la mirada hacia el horizonte. El sol comenzaba a alzarse, bañando las calles de Bilbao con una luz tenue y fría que se reflejaba en los ventanales de los edificios vecinos.

Enfrentarme a *La Sombra* no sería fácil. No es solo un criminal; es un espectro que sabe cómo ocultarse en los rincones más oscuros y recónditos de la psique humana.

LA SOMBRA DEL PASADO

Leire se había sentado en la cama, con las piernas cruzadas y el cuaderno de tapas rojas gastadas que tenía desde hacía años, abierto sobre su regazo. Escribía con una letra curva e inclinada, llenando las páginas con una mezcla de pensamientos dispersos y sueños aún por cumplir. Cada palabra que plasmaba parecía un suspiro, como si intentara aferrarse a algo que se le escapaba entre los dedos, mientras su mirada se perdía en el vacío de la habitación, más allá de las hojas.

"Quiero viajar, sentirme libre, como hace Sandra..." — escribía.

Su mejor amiga recorría los rincones del mundo, sin horarios ni rutinas, siempre publicando fotos de playas exóticas y ciudades llenas de luces. Leire, en cambio, seguía ahorrando cada euro que ganaba en su trabajo. Trabajaba en una sidrería local, esperando que algún día reuniera el dinero suficiente para salir de Zeberio, aunque fuera solo

por unos días. El eco de su jornada laboral, el olor a sidra y las risas de los clientes permanecían siempre presentes en su cabeza.

Su cuarto era pequeño, decorado con postales de lugares soñados y pósteres de bandas de rock. Sobre el cabecero de su cama, el más grande: Jarabe de Palo, su favorita. También había libros amontonados en una estantería que, con el paso del tiempo, se había ido llenando.

El espejo de la puerta del armario reflejaba su cabello castaño caoba. Ese día lo llevaba recogido en una coleta ligera, que se había amarrado con una cinta de hilo negro. Miró el lado derecho de su nariz y pensó en ponerse un *piercing*, como esos que estaban de moda. Quizás lo haría uno de estos días.

En su mesilla de noche, el reloj marcaba las 19:45. Faltaba poco para cenar. El aroma del chorizo cocinándose a fuego lento, mezclado con el dulce olor de las patatas y el pimentón, invadía toda la casa, transportándola a los días de su infancia. Recordaba aquellos momentos en los que su madre le pedía ayuda para pelar y lavar los vegetales, tiempos en los que la vida parecía más sencilla.

Mientras se escuchaba el burbujeo suave de la cazuela, su estómago rugía en anticipación. Estaba deseando hundir la cuchara en aquel guiso espeso y reconfortante. Pero antes tenía que terminar de escribir.

“Y luego está él...” —continuaron sus pensamientos, esta vez centrados en el chico que había conquistado sus sueños más recientes. Siempre que coincidían en el bar, sentía que le hablaba sin palabras, pero no tenía el valor suficiente para hacer algo más que sonreír y seguir con su rutina. Quién sabe, quizá cuando las fiestas del pueblo comenzaran, las cosas podrían cambiar.

A la mañana siguiente, el instituto estaba lleno de voces y movimiento. Leire caminaba por los pasillos hacia su clase, saludando con un gesto de cabeza a compañeros y compañeras que corrían hacia sus aulas. El bullicio de las conversaciones llenaba el aire; todos estaban emocionados por las fiestas que estaban a punto de comenzar. Al encontrarse con sus amigas, la conversación giró de inmediato hacia los planes para esa noche.

—¿Quedamos en la parada del tren a la 1:30 de la madrugada? —propuso Almudena, con una sonrisa de emoción mientras ajustaba su mochila al hombro.

—Sí, después de trabajar —respondió Leire—. Esta noche salgo de la sidrería sobre las 23:30. Me da tiempo a pasar por casa, cambiarme y luego ir directa desde allí.

Las fiestas prometían diversión y un respiro de las responsabilidades diarias que tenía. Mientras hablaban, la luz que entraba por las ventanas del instituto iluminaba sus rostros, todas sonriendo y llenas de expectativas.

El reloj en el pasillo marcó el cambio de hora, y cada una de las chicas se dirigió a su clase, sin dejar de pensar en lo que les esperaba esa noche.

29 de agosto de 1999

Las horas en la sidrería parecían no avanzar para Leire, que llevaba ya siete horas sirviendo mesas, sonriendo a los clientes habituales mientras les llevaba sus vasos de sidra con los pinchos a su lugar, y soportando el bullicio del pequeño local. El ruido de las conversaciones y el tintineo de los vasos se mezclaban sin pausa con sus propios pensamientos. No podía dejar de mirar el reloj, contando los minutos para el final de su turno. Tenía todo ya planeado para la gran noche. Cuando terminara de trabajar, se cambiaría con rapidez en su casa y después iría a las fiestas patronales de Llodio.

Había llevado su coche, un Fiat Punto gris que su padre

le regaló a los 15 años para que aprendiera a manejar. Así ella podría llegar más rápido: su casa estaba a solo tres minutos de la sidrería. *Nada más salir, me cambio, ¡dejo el coche en el aparcamiento y luego cojo el tren hacia Llodio!*

LEALTAD

—Lo más importante en la vida es la lealtad. Mi padre fue comunista en la época de Franco —dijo Ángel con tono reflexivo, mientras llevaba ya dos horas sentado en el bar. Su mirada no se apartaba de la pantalla, donde un partido de tenis avanzaba con lentitud.

—Mi padre murió en la guerra —respondió Josune, encendiendo un cigarro mientras pedía otras dos cañas.

—Uno de los secretos de la vida es la lealtad. Ahora estoy casado con una ucraniana, tenemos una hija que habla seis idiomas y somos muy felices. No te olvides de lo que te he dicho —Ángel miró a Carlos de forma directa, le dedicó una sonrisa franca y le estrechó la mano con fuerza antes de levantarse. Carlos lo siguió con la mirada mientras se alejaba.

—Es Dios —comentó Josune, aún sonriendo—. ¿Ves? Uno aprende más hablando con la gente que leyendo libros.

Carlos apenas asintió, distraído. Josune lo miró un instante, como si de repente hubiera recordado algo importante.

—Cuando era niño, viví una experiencia extracorporal —dijo de repente, golpeando con el puño la mesa de madera. Produjo un sonido seco y un movimiento que hizo sobresaltar a Carlos, quien había estado mirando a una chica

pasar—. Sentía que volaba y veía mi cuerpo desde arriba. Subí más, vi el mundo, las estrellas, las galaxias... y entonces sentí terror, puro pánico. Cuando uno muere, no hay nada. No existe nada. Ni reencarnaciones, ni cielo, ni infierno. Solo el vacío.

El silencio se instaló en la mesa. Josune encendió otro cigarro, mientras Carlos, incómodo, se levantaba.

—Voy al baño.

El baño del bar era un lugar pequeño, con azulejos blancos descoloridos y un grifo que goteaba de manera constante. Carlos cerró la puerta tras de sí, aislándose por un momento del bullicio del local. El sonido del agua cayendo en el lavabo se mezclaba con el murmullo lejano de las conversaciones y la música de fondo. Se miró al espejo, notando las ojeras bajo sus ojos.

El ambiente opresivo del baño parecía reflejar su estado de ánimo: cerrado, asfixiante, sin salida. Abrió el grifo y dejó correr el agua, observando cómo se arremolinaba antes de desaparecer por el desagüe.

Al regresar, se bebió de un trago lo que quedaba de su cerveza.

—Me voy —dijo, estrechándole la mano a Josune, quien le ofreció su ayuda para cualquier cosa que pudiera necesitar.

Carlos salió del bar y comenzó a caminar. La tarde daba paso al anochecer, y el sol, ya bajo en el horizonte, le acariciaba el rostro con un cálido resplandor dorado. Las calles de Irún comenzaban a llenarse de vida. Los bares de los alrededores estaban repletos de gente riendo, charlando, disfrutando del final del día. Frente a él, la plaza hervía de

actividad.

Los niños corrían de un lado a otro, enfrascados en un partido improvisado de fútbol, mientras las familias y los amigos se dispersaban entre el bullicio. Los vendedores ambulantes ofrecían sus productos con entusiasmo, entretejiéndose en el caos ordenado de la calle peatonal.

Carlos caminaba despacio, sus pasos se ralentizaban mientras observaba a los pequeños jugando. La alegría de los niños era contagiosa; sus risas resonaban como ecos de una felicidad pura, libre de preocupaciones. Una punzada de nostalgia le atravesó el pecho.

El recuerdo de su hijo, apenas un bebé de un año, lo golpeó con fuerza. Recordó cómo le había comprado su primer balón, uno pequeño y de colores brillantes. El niño no sabía aún cómo manejarlo, pero lo sujetaba con una determinación que parecía casi profética. También rememoró el día en que le regaló aquella diminuta camiseta del Barcelona para su primer cumpleaños. Era tan pequeña que parecía hecha para una muñeca, pero para Carlos representaba algo más: una conexión, un sueño compartido, una promesa.

Volvió una y otra vez a la charla del bar; las palabras de Ángel y Josune resonaban con fuerza.

—¿La vida y el tiempo son un círculo? —murmuró para sí mismo. Sus pensamientos se volcaron hacia ella, a todo lo que habían compartido—. ¿Tengo esa lealtad con ella?

Diciembre de 2021, Irún (País Vasco)

Carlos miraba cómo el cliente se alejaba; su figura se

desvanecía con lentitud, reflejada en la puerta del local. Volvió su atención al asador, donde las llamas danzaban, proyectando sombras largas y distorsionadas en las paredes. Los viernes siempre le resultaban extraños. Parecían rutinarios, con la misma gente y los mismos pedidos, pero dentro de él, su ansiedad crecía, silenciosa pero implacable. Sabía que no podría seguir así para siempre. Cada interacción, cada rostro conocido, le recordaba que su vida dependía de mantener las apariencias. Pero, ¿hasta cuándo sería capaz de sostener esa fachada?

Su suegra entró de nuevo en la cocina, tarareando una melodía mientras preparaba más salsas. Carlos se preguntó si ella alguna vez había sospechado algo, si había percibido algún detalle en su comportamiento, alguna grieta en su máscara elaborada de forma deliberada.

Se había convertido en un maestro del engaño, no solo con los demás, sino también consigo mismo. Cada sonrisa que ofrecía a las vecinas del barrio, cada carcajada compartida con los clientes, cada caricia a su novia o a su hijo era un acto calculado de forma perfecta.

Lograba presentarse como un hombre familiar, trabajador, alguien que había dejado atrás un pasado turbulento. Sin embargo, en el fondo, la sensación de que todo podía derrumbarse en cualquier momento le mantenía en constante alerta. Había aprendido a esconder sus demonios tras la rutina del trabajo y las conversaciones ligeras sobre fútbol o el tiempo.

Pero, cuando la jornada terminaba y la noche caía, los recuerdos regresaban con una fuerza implacable: las noches de abuso, esa constante sensación de vulnerabilidad que había marcado su juventud. Era como si el pasado estuviera siempre al acecho, aguardando el momento perfecto para

arrastrarlo de nuevo a aquel abismo.

En esos instantes, en la soledad de su pequeño apartamento o en la quietud del local después del cierre, cuando el silencio se volvía insoportable, emergía su verdadero yo. Un yo que nadie conocía, un yo que vivía bajo la sombra del miedo, la culpa y una paranoia creciente, como si algo o alguien estuviera siempre detrás de él, esperando atraparlo.

A pesar de todo, Carlos seguía adelante. Sabía que no podía permitirse el lujo de derrumbarse. Sentía una presión constante en el pecho, como si cada paso lo acercara más al borde del abismo. Su vida, aunque construida sobre una mentira frágil, era lo único que tenía. Estaba atrapado entre el deseo de escapar y la necesidad de sobrevivir, mientras cada día se deslizaba más hacia una espiral de la que temía no poder salir.

Carlos sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a sus fantasmas. Cada noche, el peso de su pasado lo ahogaba un poco más, y era consciente de que el tiempo se le estaba agotando.

EL ECO DE LAS SOMBRAS

2021, Bilbao (País Vasco)

Marian había pedido un *pintxo* de lomo con queso, su comida preferida desde que llegó a España. Podía disfrutarlo todos los días sin problema alguno. Mientras lo saboreaba, notó que el labial se le había corrido un poco por la comisura de los labios. Sin prisas, se levantó y se dirigió al tocador. Allí, frente al espejo, se pintó los labios con un rojo carmín que hacía juego con su vestido corto y escotado. Este

resaltaba su piel morena y dejaba ver sus tacones de aguja. Al salir, sintió las miradas que se posaban en ella, algo que le agradaba en lo más profundo. Con su figura esbelta y su altura, era imposible que pasara desapercibida. Parecía una modelo desfilando por una pasarela.

Tras pasear por varias tiendas, seleccionó con cuidado las prendas que renovarían su vestuario para el viaje. Se probó varios vestidos, observándose con mirada crítica frente al espejo. Marian era detallista en sus planes y sabía que aquel nuevo destino requeriría una imagen impecable.

Con sus compras hechas, salió del centro comercial y tomó un taxi hacia el aeropuerto.

Mientras el vehículo avanzaba por las calles de Bilbao, Marian observaba el paisaje urbano desde la ventana. Los edificios antiguos se alternaban con construcciones modernas, mientras la bruma típica del norte teñía el cielo de un gris melancólico.

El avión despegó con suavidad; el sol de la gran metrópoli la esperaba. Marian, instalada en primera clase, se permitió relajarse mientras contemplaba las nubes de la ciudad desapareciendo bajo ella. El servicio a bordo era impecable. Marian disfrutó de una copa de vino blanco mientras repasaba con calma los planes que tenía para los días siguientes. La transición entre Bilbao y Madrid simbolizaba más que un simple cambio geográfico; representaba un paso más hacia sus objetivos.

Cuando aterrizó en Madrid, la ciudad la recibió con su vibrante energía. Tomó un taxi directo al hotel que había reservado en la Gran Vía. Mientras el coche atravesaba las amplias avenidas y las estrechas callejuelas del centro, Marian no pudo evitar sentirse parte de un cuadro en movimiento, donde cada esquina narraba una historia. Llegó al hotel, un lujoso edificio con vistas impresionantes, y subió directo a la terraza.

Allí, en el corazón de Madrid, Marian contemplaba la ciudad desde las alturas. Las luces de los teatros, los coches y los letreros publicitarios daban vida a la noche madrileña, reflejándose en los escaparates y en el pavimento mojado por una reciente llovizna. La terraza, decorada con elegancia y modernidad, ofrecía un rincón de tranquilidad en medio del bullicio constante.

Marian se sentía en su elemento. Apoyada en la barandilla, su mirada, que parecía distraída, descansaba en los reflejos del cristal de su copa, pero sus pensamientos estaban lejos de aquel lugar. Calculaba, anticipaba cada movimiento que daría en los días venideros. La noche bullía a su alrededor, pero ella permanecía en su propio mundo, inmersa en la satisfacción de quien domina su entorno.

Había alcanzado la vida que siempre había deseado: lujos, libertad y control absoluto. Nadie le imponía límites, nadie podía adivinar sus verdaderas intenciones. Con el tiempo, había dejado atrás cualquier rastro de inseguridad. Ahora, cada paso que daba era firme, calculado. Respiró hondo y saboreó la sensación de superioridad que la embargaba. Estaba lista para conquistar todo lo que fuera necesario para mantenerse en la cima de ese oscuro y peligroso juego al que llamaba vida.

CAPÍTULO II

UN NUEVO RUMBO

Inar llevaba conduciendo una hora por la carretera, de Bilbao a Irún, intentando alejar los recuerdos que lo invadían. El coche se deslizaba con suavidad por las sinuosas rutas, que parecían conducirlo de vuelta a aquel primer viaje en tren. Recapitulaba con nitidez el día en que decidió regresar a Bilbao. Lo hizo en el tren y, al salir de la estación de Irún, no pudo evitar contemplar con fascinación el paisaje. El verde intenso de los árboles y las copas altísimas dejaban filtrar los últimos rayos de luz del atardecer, mientras el tren avanzaba despacio por las vías junto a la orilla del río Urumea.

En su memoria dibujaba la escena: había sacado su *walkman*, le había dado al *play*, y la cinta empezó a girar. La voz de Bunbury, al frente de Héroes del Silencio, tapaba el murmullo constante de los pasajeros. Al llegar al Casco Viejo, las imágenes se sucedían como si aún estuviera allí: los manteros colocando sus artículos en el suelo para vender, como de costumbre. Intentaba atravesar la multitud sin chocarse con nadie.

Lo que más llamaba su atención eran las personas paradas en la puerta de los bares, acostumbradas a hablar alto, intercambiando risas y palabras que, pese al bullicio, lograban entenderse entre ellas. Algunos sostenían un *kalimotxo* en una mano y un cigarro en la otra. Por otro lado, estaban los grupos de turistas que deambulaban hacia la única estrella estampada en el pavimento bilbaíno, ubicada bajo la hucha de los Txikiteros, entre las calles Pelota y Santa María. Desde allí, se podía contemplar la basílica de Begoña.

Estos grupos siempre destacaban, ajenos al ritmo cotidiano de la ciudad, como si vivieran en su propio mundo. Aquel lugar, Bilbao, le había parecido un buen sitio para vivir.

Aún seguía maravillado por los pueblos que se escondían entre las arboledas y los verdes paisajes, que parecían cobrar vida con cada giro de la carretera.

La vieja casa estaba idéntica a como la recordaba, con la pintura un poco más desgastada, pero todo lo demás seguía igual: el enorme árbol en la terraza, visible desde la calle de abajo, y la escalera de la entrada. Recordaba, aunque de forma imprecisa, correr descalzo por el césped, sintiendo la frescura de la hierba bajo sus pies, y trepar aquel árbol, que entonces le parecía tan imponente. Había pasado su infancia allí, hasta los diez años, cuando su vida dio un giro que nunca pudo comprender del todo. Se había tomado unas vacaciones para alejarse del ruido de las grandes ciudades; necesitaba encontrar paz interior y despejar su cabeza. No estaba seguro de si lo conseguiría, pero sentía que debía intentarlo. Pasar tiempo con su madre no le vendría nada mal.

Aquel encuentro, por sorpresa, con Joxean, un viejo amigo de la familia, lo sacó de sus pensamientos. Era temprano por la mañana cuando caminaba en dirección a la panadería, ubicada en la calle debajo de su casa. El olor a pan recién horneado se mezclaba con la humedad de la mañana.

—¡Chaval, eres idéntico a tu padre! Caminas igual que él —le dijo Joxean con una sonrisa nostálgica, mientras observaba los pasos firmes de Inar, que avanzaba con una seguridad natural. Era la misma seguridad que su padre había mostrado en vida, un sello distintivo que Inar había heredado sin ser consciente de ello.

Inar no respondió de inmediato. Su mirada, fija y serena, reflejaba una seguridad que no necesitaba palabras. Los ojos de Inar eran como dos fragmentos de cielo en calma, pero, a

la vez, habían adquirido la profundidad de alguien que ha visto mucho más allá de lo que cualquiera podría imaginar.

Inar tardó un momento en reconocerlo. Joxean estaba algo más robusto, y su pelo, ahora teñido de blanco, contrastaba con las facciones de su rostro, que seguían siendo las mismas. Su ceño fruncido, un clásico, le arrancó una sonrisa. No dudó en darle un abrazo.

—Te invito a un café —dijo Inar—. ¡Cuánto tiempo! ¿Cuánto ha pasado, diez años? ¿Te acuerdas de cuando tu padre salía con nosotros? Tu madre se enfadaba muchísimo. Se sentaba enfrente de la puerta de entrada para esperarlo y echarle la bronca. A pesar de que discutían, eran el uno para el otro.

—El día de su muerte no nos lo podíamos creer. Estaba en el lugar y en el momento equivocados. Iba de civil aquel día, y el robo en la tienda se les fue de las manos. El chico de dieciséis años le pegó un tiro por la espalda. ¡Cómo me hubiera gustado estar allí! —dijo Joxean, bajando la mirada y quedándose pensativo.

—Me enteré de que seguiste sus pasos —añadió Joxean, cambiando de tema con una sonrisa algo nostálgica—. Estuviste en la Academia Vasca de Policía y Emergencias, y también en el IVAC, el Instituto Vasco de Criminología. Él estaría orgulloso.

Inar asintió en silencio, sin mostrar apenas emoción, pero con la sensación de que esas palabras le rozaban por dentro. No era la primera vez que oía lo que Joxean acababa de decir, pero en ese momento lo sentía diferente. Todo había sido un largo proceso, una serie de pasos que lo habían conducido hasta allí.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —preguntó Joxean, como quien no quiere la cosa.

—No estoy muy seguro —respondió Inar, mirando al

vacío con los ojos fijos en algún punto indeterminado—. Ahora quiero pasar tiempo con mi madre.

Joxean lo contemplaba con atención antes de proseguir:

—Si te quedas por aquí, podrías seguir los pasos de tu padre. Hay un espacio para ti en la comisaría. Un inspector con tu experiencia sería ideal. Los tiempos cambian, y necesitamos sangre joven en el cuerpo.

Las palabras de Joxean cayeron sobre él con una extraña serenidad. La sensación de quedarse, de retomar lo que su padre había dejado atrás, se fue infiltrando despacio en su ser.

Inar se despidió con un firme apretón de manos. La idea estaba ya sembrada en subconsciente, como una semilla que solo necesitaba tiempo para germinar. Madrid ya no era lo que había sido, y el regreso a casa, a sus raíces, comenzaba a parecer una opción más tentadora.

Al mes siguiente, tomó la decisión que le cambiaría la vida para siempre. Ingresó como inspector en la Ertzaintza, en el País Vasco, un paso que cerraba un círculo que había comenzado mucho antes, cuando apenas era un niño.

Varios conocidos de su padre se sentían orgullosos de él, al igual que su madre, aunque ella nunca hubiera expresado su emoción de manera abierta. A veces, el orgullo de una madre se muestra en formas silenciosas, invisibles para los demás.

Poco a poco, su vida se iba ordenando. Inar se sentía mejor consigo mismo, como si esa decisión hubiera sido el ancla que necesitaba para dar un nuevo rumbo a su existencia.

LEIRE FUE SU PRIMER CASO

Por fin, el reloj marcó las once y media de la noche. Leire se quitó el delantal con prisa, se despidió de sus compañeros y salió de la sidrería. La brisa nocturna le acarició el rostro al salir a la calle, proporcionando un alivio pasajero tras las largas horas de trabajo.

Llegó a su casa en pocos minutos y se cambió la ropa de trabajo por algo más cómodo: un pantalón de pata acampanada, una camiseta blanca y unas sandalias con plataforma. Quería disfrutar de la noche, sentirse libre, aunque solo fuera por unas horas.

Se subió al coche y condujo hasta el aparcamiento cercano a la estación de tren. Lo dejó allí y caminó hacia la parada. La noche había caído por completo, cubriendo todo con su negrura. No había mucha gente en los alrededores; se veían siluetas moviéndose a lo lejos. El aire era fresco, pero algo en la atmósfera le resultaba inquietante, una sensación que no podía explicar.

Al llegar a la parada, vio a un hombre de aspecto extranjero esperando en la penumbra. Parecía alto, con el cabello rubio ceniza y una expresión fría que contrastaba con la luz tenue de la farola. Se cruzaron las miradas y, aunque al principio dudó, intercambiaron saludos.

—Buenas noches —dijo Leire, con una voz que apenas logró mantener firme.

El hombre asintió, sin sonreír. Su acento era extraño; parecía ruso.

—Buenas noches —respondió, con una voz grave que resonó en el silencio de la noche.

Leire intentó apartar la mirada, pero algo en la forma en que él la observaba la mantenía paralizada. El hombre sacó

un cigarrillo de un paquete arrugado y lo sostuvo entre sus dedos.

—¿Tienes fuego? —preguntó, sin dejar de mirarla.

Leire tragó saliva, sintiendo cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—No, lo siento —murmuró, apartando la mirada hacia el suelo.

El hombre no dijo nada más, pero su presencia parecía llenar el espacio, como si la oscuridad misma se hubiera materializado a su alrededor. Leire sintió que el tiempo se detenía, que cada segundo bajo aquella mirada era una eternidad. El hombre encendió su cigarrillo con un mechero que sacó del bolsillo, y dio una larga calada.

—Gracias —dijo, aunque no estaba claro a qué se refería.

Leire asintió, sin atreverse a decir más. La conversación había sido breve, casi superficial, pero algo en la forma en que él la miraba le provocó un leve escalofrío. De repente, el hombre se marchó, desapareciendo en la oscuridad como si nunca hubiera estado allí.

Leire se quedó sola en la parada, envuelta en la quietud de la noche. El viento soplaba suave, pero algo no estaba bien. Escuchó un ruido, un crujido en la distancia. El andén estaba en total oscuridad y desierto; unas pequeñas luces titilaban con debilidad, proyectando sombras que parecían moverse a su alrededor. De pronto, sintió como si alguien la estuviera observando. El pánico comenzó a apoderarse de ella. El corazón le latía con fuerza y todo su cuerpo se tensó.

Tengo que salir de aquí...

Todo se volvió borroso; sus pensamientos se desvanecieron mientras luchaba por respirar, pero el aire no llegaba.

El silencio de la noche solo fue roto por el suspiro de Leire.

Acababa de encender un cigarrillo cuando su jefe,

Joxean, se le acercó con paso firme. Con una mueca seria, le entregó un expediente sin mediar palabra. Inar tomó el sobre, lo abrió y comenzó a leer.

—¿Desaparición? —preguntó, mirando de reojo a Joxean.

—Leire Ochoa, 21 años. No se presentó a su trabajo anoche. Dicen también que sus amigas la estaban esperando en Llodio, en una estación de tren, y nunca llegó. Sus padres han puesto la denuncia esta madrugada —respondió, cruzándose de brazos—. Nadie la ha visto desde ayer. No hay testigos, no hay ninguna pista clara.

Inar asintió, repasando los pocos datos que tenía ante sus ojos. Una chica joven, una desaparición en un pueblo pequeño. Lo primero que le vino a la cabeza fue la idea de que podría tratarse de una fuga voluntaria. A esa edad, era común que la gente se fuera de fiesta, que perdiera la noción del tiempo.

Mientras cerraba el expediente, una idea se le quedó. Quizá Leire había perdido el rumbo, quizás se había dejado llevar por un impulso y, en cualquier momento, podría estar de regreso, sana y salva.

UNA SEÑAL

17 de diciembre de 2021, Bilbao

Era viernes por la noche, tenía su día libre. Veía la televisión en el bar típico de Basaras; es muy popular por sus *pintxos* y su antigüedad. Transmitían el partido de fútbol entre el Athletic de Bilbao y el Valencia. Absorto en sus pensamientos, no se percató del gol del empate del Valencia

hasta que el bar entero se lamentó al unísono. Se armó un cigarrillo de liar mientras pensaba en lo difícil que sería dejar el tabaco.

Al terminar su kalimotxo, Inar caminó por las calles del Casco Viejo. La noche estaba fría y húmeda, con una bruma ligera que se aferraba a las paredes de los edificios antiguos. El ambiente estaba impregnado de un olor penetrante a orina, proveniente de los borrachos que orinaban detrás de los contenedores. El sonido de sus pasos resonaba en las baldosas, mezclándose con los murmullos lejanos de una ciudad que nunca dormía del todo.

A Inar se le cerraban los ojos, arrastrado por el cansancio de un día interminable.

Su rutina comenzaba a las 6 de la mañana, pero hoy había sido demasiado agotador.

Recordó cómo en su juventud se levantaba a las 5 de la mañana para correr. Aquellos días de energía inagotable y disciplina férrea parecían tan lejanos ahora. El paso de los años se hacía notar en cada paso que daba, en cada respiración más pesada, en cada dolor que surgía en sus articulaciones al final del día. El tiempo no perdona, pensó, mientras se frotaba los ojos con los dedos, intentando ahuyentar el sueño que lo acechaba.

Lo único que quería era llegar a casa y hundirse en su cómodo sillón, ese refugio que lo esperaba como un viejo amigo. Su último cigarro, a medio fumar, cayó en un charco en el estrecho callejón. Lo miró por un instante, indeciso, pero enseguida desechó la idea de recogerlo. Se dirigió directo a su piso para dormir.

Le quedaba a unas pocas cuadras de distancia; Santutxu es un barrio situado en el distrito cuatro. Se agitaba subiendo la calle en pendiente; era lo único que no le gustaba del lugar. La puerta del portal estaba abierta, como de costumbre. Esperaba el ascensor, no quería subir a la

segunda planta caminando. Entró procurando no hacer ruido para no despertar a sus vecinos.

La cerradura estaba rayada en los costados, producto de que no lograba meter la llave en su estado de ebriedad. Después de varios intentos, lo consiguió. Lo primero que hizo fue ir al sillón; se durmió con la ropa puesta. Su descanso fue breve. En la madrugada, su teléfono comenzó a sonar de forma insistente.

—¡Joder! Uno no puede tener una noche en paz — murmuró mientras contestaba con los ojos cerrados.

Su jefe de la brigada, Joxean, le informó que se había producido un intento de homicidio en un piso del Casco Viejo, a dos calles de la Plaza Nueva.

El partido había finalizado en empate, uno a uno.

Inar se levantó con la ropa arrugada, se puso los zapatos y se dirigió a la dirección indicada. Quedaba a unas calles de su piso. Se dirigió por la calle de la Ribera; al entrar por la calle de la Tendería, la oscuridad y los estrechos pasillos del Casco le daban un toque siniestro a la escena, como si estuviera dentro de una película de terror. Al doblar la esquina, pasando la catedral de Santiago, escuchó voces a sus espaldas, pero al girar para ver, no encontró a nadie, solo una mujer atractiva, morena, que pasó rápido con un vestido rojo. Pensó que quizás había bebido demasiado vino.

Cuando llegó a la ubicación, sintió un escalofrío. Algo andaba mal; su intuición rara vez fallaba. Masticaba un chicle de menta para disimular su aliento y subió la escalera hasta el segundo piso.

El ascensor no funcionaba. Maldijo cuando se resbaló y casi se cae subiendo; no tenía todos sus reflejos y un leve dolor de cabeza le estaba empezando a molestar. La resaca al otro día iba a ser fuerte.

Dentro del piso, todavía estaban asistiendo a un hombre de mediana edad —tenía alrededor de 35 años—. Estaban en una cocina pequeña, ubicada a la izquierda de la entrada del

piso. Inar se presentó como inspector y le mostró sus credenciales.

—Necesito que te sientes y me cuentes todo de nuevo, desde el principio —le decía con firmeza y amabilidad.

Sus ojos chispeaban con una furia contenida, pero detrás de esa llamarada intensa se podía percibir el temblor de un alma que se sabía acorralada. Las pupilas, dilatadas como si intentaran abarcar el horror que le rodeaba, oscilaban inquietas, incapaces de decidir si lanzarse al ataque o buscar una salida. Aquella mirada, encendida y quebradiza a la vez, era el reflejo perfecto de un corazón que palpitaba entre el deseo de lucha y el instinto de huida.

Se sentó mientras sostenía un trapo con hielo en la cabeza. Lo primero que Inar notó al entrar fue el charco de sangre detrás del sofá, justo junto a la puerta principal.

—Empiece desde el principio —le pidió al ver al hombre confuso.

La víctima, aún afectada, inició su relato:

—Carlos llegó a mi apartamento a eso de las 20:00 horas. Pedimos algo de comer...

—Espera —interrumpió Inar—. ¿Cómo conociste a Carlos? ¿Qué edad tiene? ¿Puedes describirlo? Cuéntame un poco más.

—Carlos es un conocido. Nos hemos juntado varias veces. Tiene 25 años —respondió el hombre, mirando al suelo con fijeza. Luego continuó:

—Estaba vestido con una cazadora deportiva Adidas azul, vaqueros rotos del mismo color y unas zapatillas deportivas viejas.

—Gracias, lo has hecho bien —dijo Inar mientras apoyaba su mano en su hombro—. Por la mañana, el dibujante se va a reunir contigo para hacer un retrato robot —comentó mientras tomaba nota—. ¿Cómo se conocieron?

—Nos conocimos por una aplicación de citas gay —

respondió la víctima.

—Te entiendo... ¿Cuándo se vieron por primera vez y dónde? ¿Te acuerdas?

—Nos vimos en septiembre, en el Etxebarria Parkea. Caminamos y hablamos un poco. Terminamos tomando un café frente a la entrada del antiguo cementerio. Me cayó bastante bien; los latinos tienen una chispa de carisma y su acento me excitaba mucho. A partir de ahí, nos veíamos de vez en cuando, cuando él no trabajaba, y teníamos relaciones. Solo era algo casual...

La víctima continuó, describiendo cómo Carlos y él estaban sentados en el sofá, tomando un café alrededor de la una de la madrugada. Hablaban de temas triviales, como la mala situación económica de Carlos. De repente, se sintió mareado:

—Todo me daba vueltas y estaba perdiendo la conciencia. Noté una sombra a mi alrededor y voces. Tuve miedo; pensé que era la muerte que me llevaba. La respiración se me cortaba, una presión en mi cuello no me dejaba respirar. Lo único que pude hacer fue decir el Padre Nuestro...

—Logré moverme como pude. Aún tengo el cuerpo adormecido. Corrí hacia la puerta, gritando: “¡Ayuda, me quieren matar!”. Las cuerdas vocales me quedaron destrozadas. Aún me arden cuando hablo o trago saliva. Fui empujado hacia dentro de nuevo y un golpe en la cabeza me dejó inconsciente. No sé cómo estoy con vida —concluyó su relato, con lágrimas en los ojos.

Las luces del flash de los fotógrafos policiales iluminaban la habitación, proyectando sombras ominosas. Inar sintió la necesidad de fumar. Miró al perito fotográfico hacer su trabajo y salió al balcón. Su jefe, que siempre parecía irritado, con el ceño fruncido y la expresión seria, fumaba en silencio junto a él, apoyado en la barandilla del

balcón que daba a la calle. Nadie caminaba a esas horas, excepto por un borracho que pasaba tarareando el himno del Athletic.

—El muy gilipollas se dejó la mochila con drogas y una identificación. La edad coincide: 25 años. Estamos investigando sus antecedentes. Es de nacionalidad colombiana. Lo interesante es el contenido de las drogas: parece éxtasis líquido.

Se miraron los dos de una forma muy especial: esa mirada de complicidad que lo dice todo.

El humo se volvió espeso. Inar veía pasar un aro. Siempre que veía uno, era una señal. Mala o buena, pero significaba algo.

—Vete a descansar lo que queda de la noche. Hoy será una mañana movida. Tendremos las cintas de seguridad de unos bares de la zona —le dijo su jefe.

INFANCIA

Marian, con apenas cuatro años, no entendía la magnitud de lo que estaba ocurriendo —la desaparición de sus padres, la mudanza forzada—, pero intuía que su vida cambiaría para siempre. Los abuelos se hicieron cargo de ellos. Su abuela, una mujer humilde y trabajadora, hizo lo mejor que pudo con los pocos recursos que tenían.

La figura de la abuela era lo más cercano a una madre que Marian había conocido, y aunque nunca lo demostraba, esa conexión la afectaba de una manera que ni ella misma comprendía: un nudo en la garganta cada vez que la abuela la abrazaba, una mezcla de rechazo y necesidad.

Por otro lado, el abuelo era un hombre brutal, de manos callosas y corazón endurecido por los años y la pobreza. Desde pequeña, Marian sabía que algo no iba bien en esa casa. Había un olor a miedo constante que envolvía cada rincón, un aroma rancio a sudor frío y silencios rotos.

Él era quien más sufría. Marian lo observaba desde las sombras, silenciosa, mientras su abuelo lo humillaba, le gritaba y, por las noches, lo arrastraba a su habitación. No podía dormir hasta que los quejidos y los golpes cesaran. Acurrucada en su cama, se cubría con la sábana hasta la cabeza, como si ese fino tejido pudiera protegerla del horror que se desataba al otro lado de la pared. Se tapaba los oídos con fuerza, aplastando sus pequeñas manos contra su cabeza, pero, aun así, los sonidos atravesaban su barrera de silencio improvisada: el chasquido seco de los golpes, el llanto ahogado de su hermano, el crujir de la madera bajo los pasos pesados del abuelo. Ella contaba hasta seis una y otra vez, como si ese número mágico pudiera traer la calma o acortar el sufrimiento. Pero las cuentas se alargaban, y la noche seguía siendo interminable.

Había algo roto en él, algo que ni el tiempo ni la cercanía con Marian podrían reparar. Ella, demasiado pequeña para entender del todo, no sentía compasión, solo una especie de curiosidad fría que, con el tiempo, fue desarrollándose en algo más inquietante.

La abuela, aunque bondadosa, nunca pudo controlar del todo a Marian. Desde que empezó la primaria, ya mostraba un comportamiento perturbador. No era la niña dulce y risueña que otros esperaban.

En clase, prefería observar a sus compañeros en lugar de participar. Era manipuladora, incluso a esa edad, y sabía cómo utilizar la simpatía que otros sentían hacia ella para conseguir lo que quería. Aprendió pronto que una lágrima bien colocada o una sonrisa inocente podían abrir puertas

que, de otra manera, le estarían cerradas.

Marian, una noche de verano, se levantó de la cama con el corazón acelerado. Con pasos sigilosos, como si el suelo fuera de cristal, tomó un cuchillo del cajón y lo llevó hasta la habitación de la abuela, sintiendo el frío del metal contra su palma sudorosa. Se quedó observándola durante largos minutos, el filo del cuchillo reflejando la poca luz que entraba por la ventana. No hizo nada, no esa vez, pero algo en su interior se encendió. Sabía que tenía el poder para hacer daño, y eso la llenó de una extraña satisfacción, como si hubiera descubierto un secreto prohibido que solo ella conocía.

Con el tiempo, Marian se volvió más difícil de controlar. Su comportamiento en casa y en la escuela empeoraba. Su abuela, que al principio había tratado de mantenerla cerca para corregirla, se vio cada vez más sobrepasada.

El pequeño se había retraído por completo. Cuerpo y alma estaban marcados por los abusos de su abuelo. Marian no sentía ninguna simpatía por él. En su mente, era débil. Y en el mundo que ella empezaba a comprender, los débiles no sobrevivían.

La relación con su abuela comenzó a deteriorarse de forma más evidente con el tiempo. Para entonces, había dejado de esforzarse siquiera en ocultar su desdén. Su abuela lloraba en silencio, las lágrimas resbalando por sus mejillas arrugadas, impotente ante la frialdad que veía crecer en su nieta como una maleza imparable.

Intentó todo lo que estuvo a su alcance: castigos, palabras dulces, promesas de amor. Pero Marian no reaccionaba como los otros niños. No había arrepentimiento en sus ojos, no había gratitud. Solo una distancia insalvable que cada día parecía agrandarse más.

Marian había comenzado a hacer cosas que alarmaban a los pocos que se atrevían a acercarse a ella. Un día, un vecino encontró a su gato, el michi, muerto en el jardín.

Nadie pudo probar nada, pero las miradas se dirigieron de forma inmediata hacia ella.

Su abuela, al enterarse, la confrontó, pero Marian, con esa calma inquietante, negaba todo.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó con una sonrisa ladeada que no llegaba a sus ojos, fríos y vacíos como un lago helado.

Era una respuesta perfecta, una mentira tan bien construida que incluso su abuela, que conocía la verdadera naturaleza de su nieta, dudó por un momento. Pero, en el fondo, sabía la verdad. Sabía que la dulce niña que había intentado criar se estaba convirtiendo en algo más oscuro.

Los abuelos envejecían, y mientras lo hacían, Marian crecía, cada vez más distante y controladora. Su comportamiento comenzó a afectar a su abuela, que terminó enfermando, consumida por la tristeza y la impotencia. Ver a su nieta convertirse en una persona cruel la destrozaba por dentro. Marian observaba la decadencia de su abuela con una frialdad inquietante, como si fuera una simple espectadora de una tragedia ajena.

La única persona que Marian respetaba, en algún sentido, era a sí misma. A los doce años, ya había aprendido que, en un mundo tan cruel como el que la rodeaba, la compasión era un lujo que no se podía permitir. La vida le había mostrado que solo los fuertes sobrevivían, y ella no pensaba ser la excepción.

CAPÍTULO III

LA INVESTIGACIÓN

El retrato robot sería crucial en la investigación. Inar confiaba en que la víctima, a pesar del trauma, iba a recordar el aspecto de su agresor; después de todo, se habían visto muchas veces y compartido bastante tiempo juntos.

Al llegar a la comisaría, esperó impaciente en su escritorio mientras miraba el reloj. El movimiento del péndulo le resultaba hipnótico, como si cada tic-tac fuera un recordatorio de que el tiempo se escapaba. A través de una aplicación, pidió un café del supermercado; costaba 75 céntimos. Ya no soportaba el café de la comisaría, y hacía meses que él no se preparaba uno en su piso.

Encendió el ordenador y se puso a mirar los vídeos de la cámara de seguridad. Adelantó el vídeo hasta el horario aproximado al ataque de anoche. No tuvo suerte con la cámara del portal: no funcionaba desde hacía unos días. Tenían que averiguar si fue intencional.

Después de estar horas frente a la pantalla, se levantó de su escritorio por otro café. Su cuello crujía por la mala postura. Se estiró, se hizo un leve automasaje y volvió a sentarse. Le dio *play* al vídeo. Después de unos minutos, lo reconoció: chaqueta azul Adidas, *jeans* rotos y una mochila roja en la espalda. Aunque solo eran fracciones de segundo,

estaba convencido de que era él, aunque llevaba una gorra que tapaba su rostro.

Adelantó el vídeo hasta la 1:16 de la madrugada y lo vio caminando en dirección contraria, sin la mochila y con la misma gorra.

—¡Te tengo! Sé tu oscuro pasado y lo que estás haciendo...

No perdieron tiempo. El jefe de la brigada, Joxean, convocó una reunión en cuanto tuvo los resultados de los análisis. Estaban presentes Naia, Inar, sentados al fondo de la sala, y otros cuatro jóvenes novatos.

La droga que se le suministró fue éxtasis en estado líquido. Se detectó la sustancia en su organismo. En muy pocos minutos, la víctima queda indefensa; esto puede desencadenar situaciones de emergencia graves y, en algunos casos, provocar la muerte. El GHB, también conocido como droga KO, es la favorita de los violadores.

—La dosis no fue tan grande, y eso lo hizo sobrevivir al ataque —explicó la perita Naia mientras tomaba agua.

A Inar le gustaba trabajar solo; las reuniones lo ponían incómodo, como si cada palabra dicha en voz alta fuera un peso añadido a sus hombros. Naia fue concisa en su exposición.

—Hasta el momento, lo que tenemos es lo siguiente —dijo Inar frente a todo el grupo—. Según la investigación, Carlos utilizaba plataformas para parejas en los móviles para contactar a sus víctimas, drogarlas y estrangularlas sin dejar marcas visibles. Una vez inconscientes, accedía a sus teléfonos para realizar transferencias de dinero y robar sus pertenencias.

—Creemos que puede haber más perjudicados. El perfil de Carlos fue creado en el año 2019, cuando llegó a España. Lleva con el mismo *modus operandi* desde hace tres años.

Un silbido alargado proveniente de uno de los jóvenes interrumpió la conversación, mientras Naia ubicaba en el mapa todos los ataques: hasta el momento, sumaban ocho. No descartaban que pudieran aparecer más.

—Como dijimos, tenemos que movernos con cautela; podría escaparse del país —fue lo primero que comentaron. Todos estuvieron de acuerdo en ese punto.

Los agentes se percataron de la relación entre las muertes por la utilización del GHB, o éxtasis líquido. La alarma se encendió cuando un familiar de un caso pasado llamó para decir que hubo movimientos bancarios en la cuenta del fallecido después de su muerte.

En un principio, al ser considerados como fallecimientos naturales, no se buscaron tóxicos ni drogas de sumisión química. Al reactivar la investigación, se revisó la sangre congelada del difunto y se halló dicha sustancia.

Conscientes de la gravedad del caso, se puso en marcha una investigación exhaustiva. Nos centramos en la conexión de Carlos con los afectados a través de las aplicaciones de citas para hombres homosexuales —terminó de decir Joxean.

—Enviaremos el retrato robot a la frontera cuando esté terminado. Él tiene la ventaja del tiempo: sabe que conocemos su identidad.

—Vamos a revisar las cámaras de seguridad del transporte público y las de la ciudad —añadió Naia.

—Es demasiado listo; las evita —comentó uno de los

jóvenes.

Toda la policía estaba movilizada en su búsqueda. Se formaría un equipo especial, y el inspector Inar lo iba a dirigir. Los jóvenes se giraron para mirarle.

—Hablaréis conmigo. Este caso tiene máxima prioridad
—dijo Joxean con seriedad, dando por finalizada la reunión.

Lunes, 20 de diciembre de 2021

Se acercaban las fiestas de fin de año, y esa energía que se respiraba en el ambiente, transmitida por la gente y las decoraciones de la ciudad, lo confirmaba.

La época más mágica del año para algunos, llena de dulces y regalos. Y, como no podía ser de otra forma, las calles y las plazas que frecuentaba eran el vivo reflejo de esa aura que se vive en la temporada de adviento: miles de luces, árboles, carruseles, mercadillos, mazapán, turrón, panetones y mucho más. Año tras año, las ciudades competían por ser la mejor iluminada. Como muestra de orgullo, la ciudad ganadora solía hacer su encendido al menos una semana antes que el resto de las urbes españolas.

Los días se hacían tediosos. El trabajo de campo que estaban llevando a cabo Inar y su grupo no daba resultados. Sabían que debían tener paciencia; su intuición le decía que estaban cerca. ¿Volvería a actuar el asesino?

Pasaron las fiestas y la vida en la ciudad siguió su curso, salvo para los familiares de las víctimas, que no tuvieron un buen año.

Inar pasó la Nochevieja en una soledad que no solo lo rodeaba, sino que parecía habitar en él. Los fuegos

artificiales estallaban en el cielo como recordatorios crueles de la alegría ajena, y él trataba de apagarlos con la música que brotaba de los pequeños altavoces de su portátil. Era un sonido insuficiente, apagado, incapaz de llenar el vacío de la habitación.

Cada año repetía el mismo ritual: una botella a medio vaciar en la mesa, la luz mortecina de la pantalla iluminando sus rasgos cansados, y canciones que hablaban de cosas que él ya no podía sentir. Bebía con desgana, no para celebrar, sino para mitigar la punzada constante de la soledad, como si el alcohol pudiera adormecer algo más que su cuerpo.

Desde la ventana, veía las luces parpadeantes de otros hogares, siluetas de personas abrazándose, brindando, existiendo en compañía. Inar se obligaba a mirar hacia otro lado, pero incluso en la penumbra de su piso sentía el peso de lo que le faltaba. Sus manos jugaban con la copa, trazando círculos invisibles en la mesa. La medianoche llegó, puntual e implacable. Nadie llamó, nadie escribió. La ciudad estallaba de júbilo, pero para él, todo seguía igual. El silencio de la soledad era palpable; se acomodaba a su lado como una compañera fiel, inmóvil, constante.

Se despertó en mitad de la noche, con sudor resbalando por su frente. Sus labios saborearon el gusto salado de la transpiración. Su corazón latía con fuerza. Un leve susurro, apenas perceptible, lo había despertado. ¿Qué querían decirle? ¿Era un presagio? ¿Como los aros de humo de sus cigarrillos?

Encendió un cigarrillo y se quedó en completo silencio, escuchando el crepitar de la brasa y los latidos de su corazón.

Tras seguir pistas falsas y recorrer callejones sin salida, el equipo comenzaba a sentir el peso del agobio. Los ánimos

ya no eran los mismos. Cada uno respetaba el espacio de los demás para evitar conflictos. Cada integrante tenía sus vicios, su forma de pasar el tiempo y distraerse: unos frecuentaban bares, otros buscaban compañía pasajera; algunos preferían los cigarrillos... pero todos compartían el mismo objetivo.

Mientras tanto, la presión pública aumentaba. Un rumor comenzó a circular en los medios, generando pánico: *"Asesino en serie suelto en Bilbao."* La prensa acosaba sin tregua a la comisaría, y los ciudadanos exigían respuestas inmediatas, lo que solo incrementaba la sensación de impotencia dentro del equipo. Inar sabía que el tiempo jugaba en su contra.

Naia, preocupada, intentó convencer a Inar de que tomara un descanso.

—No hay tiempo para eso —respondió él, con una voz que apenas ocultaba el cansancio que lo consumía.

Mientras caminaban por el borde de la ría, el contraste entre la belleza del atardecer en Bilbao y la sombra que parecía seguir a Inar era evidente. La palidez en su rostro, las profundas ojeras y su mirada apagada reflejaban el peso que cargaba desde hacía meses. Naia, a su lado, lo analizaba en silencio; su expresión revelaba una mezcla de preocupación y resignación. El sol descendía despacio, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y dorados, mientras su luz se reflejaba en los paneles de titanio del icónico *Guggenheim*, que resplandecían en el crepúsculo, generando destellos en las aguas de la ría.

Naia rompió el silencio con una voz serena pero firme:

—Inar, no puedes seguir así. Si caes, todo esto se viene abajo.

Inar suspiró hondo, con la mirada perdida en el agua, recordando las promesas incumplidas y los caminos que nunca tomó. Sabía que tenía razón, pero la presión de resolver el caso, de atrapar al asesino antes de que volviera a

actuar, era más fuerte que su necesidad de descanso.

—No puedo parar, Naia. No hasta que lo tengamos. Necesitamos algo, lo que sea. Una pista, un error del asesino... cualquier cosa que nos dé esperanza —dijo, mirando a Naia con un destello de determinación.

—Él cometerá un error, y estaremos ahí cuando lo haga —argumentó Inar. Sin embargo, el tono de su voz traicionaba la duda que lo invadía.

Naia apoyó su mano en su hombro.

—Sé que estás haciendo todo lo posible. Solo no te olvides de cuidarte en el proceso.

Ambos continuaron su paseo en silencio, sumidos en sus pensamientos, mientras la noche comenzaba a envolver la ciudad.

Naia e Inar caminaron en silencio, pero esta vez la tensión parecía haberse disipado. Habían compartido más que palabras; habían dejado entrever una parte de sus vidas que rara vez mostraban. Ambos sabían que algo había cambiado.

—Bilbao es un lugar curioso. Todo aquí parece tener una historia oculta, como si la ciudad misma guardara secretos —comentó Inar.

Naia, a su lado, lo miraba con una nueva perspectiva.

—A veces siento que este caso es como esta ciudad: lleno de sombras y luces. Cada pista que encontramos nos ilumina por un momento, pero luego volvemos a la oscuridad.

Inar asintió.

—Es cierto. Pero, como me dijiste antes, siempre hay algo que nos trae de vuelta. No es solo el deber, sino las conexiones que hacemos. Este caso... todo lo que hemos vivido... nos ha cambiado.

Naia guardó silencio, reflexionando sobre esas palabras. Inar tenía razón: no solo perseguían a un asesino, sino que también enfrentaban sus propios demonios. La pérdida, el

miedo, la soledad. Todo aquello que habían evitado ahora salía a la superficie. Y aunque el caso parecía no tener fin, lo que estaban construyendo entre ellos les daba fuerza.

—Lo resolveremos, Inar. No sé cuándo ni cómo, pero lo resolveremos —afirmó Naia, con una voz más segura que nunca.

—Y cuando lo hagamos, quizá ambos encontremos lo que estábamos buscando —respondió Inar, soltando el humo de su cigarrillo al aire mientras tiraba la chusta.

Naia detuvo su paso y lo miró a los ojos, con esa intensidad que hacía imposible ignorarla. Su tono era tranquilo, pero cargado de curiosidad.

—Inar, ¿por qué te fuiste de Madrid?

Él tardó unos segundos en responder. Parecía meditar cada palabra, como si cada una tuviera un peso que no estaba dispuesto a subestimar. Por último, soltó un leve suspiro y dejó que la verdad fluyera:

—En Madrid... —comenzó, con la mirada fija aún en algún punto de la ría—, estaba a punto de casarme. María, mi ex, quería una vida que yo no podía darle. Soñaba con una casa, un hijo... una estabilidad que incluía que yo dejara todo esto y me convirtiera en abogado.

Naia frunció el ceño, intrigada.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque esa vida no era para mí —Inar hizo una pausa, como si aún luchara contra los fantasmas de esa decisión—. Mi destino estaba aquí, en el País Vasco, no en los despachos de un bufete. Siempre lo supe, incluso cuando intenté convencerme de que podía ser otra persona por amor.

Naia notó un destello en sus ojos, algo entre nostalgia y determinación.

—¿Y no te arrepientes? —preguntó ella, con un tono que era más una afirmación que una duda.

Inar negó con la cabeza, casi con un orgullo silencioso.

—No. Fue una decisión difícil, pero necesaria. Después de dejar a María, volví a casa de mi madre. Ella siempre me apoyó, incluso cuando no entendía por qué quería seguir los pasos de mi padre.

—Me encontré con Joxean. Me habló de él, de lo que significa ser inspector. Fue como si todo encajara. Decidí que no podía traicionar su legado, que debía convertirme en lo que él fue.

Naia asintió despacio, comprendiendo mejor al hombre que tenía frente a ella. Ahora entendía el peso que cargaba, no solo el de los casos que resolvía, sino el de una promesa silenciosa a alguien que ya no estaba.

—Entonces, seguir en esta profesión... es como honrar su memoria —dijo ella.

—Exacto. Por eso estoy aquí, Naia. Es mi destino, y no lo cambiaría por nada.

Naia, sin saber por qué, apoyó su mano en el hombro de él. No era un gesto premeditado, sino un impulso nacido de la conexión que ambos estaban forjando.

—Gracias por contarme esto. Ahora entiendo un poco más por qué haces lo que haces.

Inar le dedicó una leve sonrisa, una de esas que rara vez mostraba.

—Gracias a ti por escuchar.

Los dos siguieron caminando hacia la ciudad, sabiendo que las noches que les esperaban serían largas y difíciles.

LA NOCHE INTERMINABLE

De vuelta en casa, el silencio era ensordecedor. María Ángeles estaba sentada en la mesa de la cocina, incapaz de apartar su mirada del teléfono, esperando que sonara, que alguien tuviera alguna noticia. Isidro, por su parte, caminaba de un lado a otro del salón, incapaz de quedarse quieto, cada pensamiento alimentando su desesperación.

El café de la mañana, que había comenzado como un ritual cotidiano, ahora parecía pertenecer a otra vida, una vida anterior al miedo.

La noche fue interminable. Los minutos se alargaban como horas, y el sueño no llegaba. Cada sonido en la calle hacía que María Ángeles se levantara de golpe, esperando, con el corazón en un puño, que fuera Leire volviendo a casa. Pero la casa permanecía en silencio, y la ausencia de su hija se hacía cada vez más palpable.

—Lo único que sabemos es que su coche apareció aparcado en el aparcamiento cerca de la parada del tren —añadió Joxean, como si leyera sus pensamientos—. No hay señales de lucha, no hay testigos que la hayan visto subir o bajar del tren.

Inar aspiró hondo el humo de su cigarrillo, dejando que el sabor invadiera su boca. Era su primer caso en la Ertzaintza y, aunque estaba acostumbrado a manejarse en situaciones complicadas, algo en este asunto le incomodaba. Quizá era el hecho de que no había ningún rastro, ninguna pista que lo guiara.

—Ve a hablar con los padres. Quiero que te encargues de este caso —ordenó Joxean, dándole una palmada en la espalda antes de alejarse.

Inar apagó el cigarrillo en el cenicero más cercano y se

dirigió a su escritorio. El expediente de Leire Ochoa se quedó abierto frente a él, con la foto de la joven en la esquina superior izquierda. Era atractiva, con el cabello largo y de un color caoba intenso. En la fotografía, sonreía despreocupada, como si no existiera ninguna sombra en su vida. *¿Qué te pasó, Leire?*, pensó Inar mientras la observaba.

El inspector repasaba las primeras preguntas que debía plantear. Lo primero sería conocer el entorno de la chica: sus padres, amigos, compañeros de trabajo. Luego, trazar un perfil psicológico que le permitiera entender mejor quién era Leire y si había algo que indicara un comportamiento fuera de lo común en los días previos a su desaparición.

Decidió salir de inmediato hacia la casa de los Ochoa.

El trayecto fue breve. Zeberio no era un lugar grande, y las distancias se recorrían con rapidez en coche. Mientras conducía, las colinas verdes y los estrechos caminos del pueblo parecían envolverlo. A pesar de que era temprano, el cielo se veía gris, como si presagiara algo oscuro.

Cuando llegó a la casa, fue recibido por Isidro, el padre de Leire. Tenía los ojos hinchados por no haber dormido nada la noche anterior. María Ángeles, la madre, estaba sentada en la sala de estar, pálida, con una expresión de profundo agotamiento en su rostro. Inar se presentó, intentando no hacerles sentir más incómodos de lo que ya estaban. Había algo doloroso en la atmósfera de la casa, algo que se respiraba en cada rincón.

—Estamos desesperados, agente —comenzó Isidro, rompiendo el silencio que llenaba la sala—. No es propio de Leire desaparecer así. Nunca lo haría sin avisar.

—Lo entiendo, y vamos a hacer todo lo posible para encontrarla —les respondió Inar con calma—. Quisiera hacerles algunas preguntas, si no les importa.

Los padres asintieron. Las preguntas fueron las habituales en estos casos: cuándo fue la última vez que la vieron, si habían notado algún comportamiento extraño en

los últimos días, si Leire había hablado de algo o alguien que les resultara sospechoso.

María Ángeles habló más que su marido. Describió cómo Leire estaba emocionada por las fiestas de Llodio, cómo planeaba ir con sus amigas y cómo estaba ahorrando dinero para unas vacaciones. Todo parecía normal, no había señales de que algo anduviera mal.

Sin embargo, cuanto más hablaban, más evidente se hacía para Inar que había un vacío en la historia, un agujero que no lograba llenar. Leire había desaparecido de forma silenciosa, sin dejar rastro, y eso era lo que más le inquietaba.

En un pueblo pequeño como Zeberio, todos se conocían y, por lo general, los secretos no tardaban en salir a la luz. Pero esta vez, el silencio era más profundo.

—¿Había mencionado alguna vez a alguien extraño, algún desconocido que la estuviera incomodando? —preguntó Inar.

Isidro y María Ángeles negaron con la cabeza. No había ningún indicio de que Leire estuviera en peligro, ni siquiera una pequeña señal de alarma en su vida cotidiana. Todo apuntaba a que había sido un día normal hasta que desapareció.

Mientras María Ángeles hablaba, Inar notó sobre una mesa del salón algo que le llamó la atención: un reproductor *Walkman* junto a un pequeño lote de casetes. Se levantó, señalándolos.

—¿Son de Leire? —preguntó.

—Sí, los solía grabar ella misma —respondió María Ángeles con voz temblorosa—. Le gustaba hablar de lo que soñaba hacer, de los sitios que quería visitar... Siempre decía que no quería olvidarse de nada, por si algún día se le ocurría escribirlo.

Inar tomó uno de los casetes y, con el permiso de los padres, encendió el *Walkman*. La voz de Leire llenó la sala,

joven, dulce y llena de entusiasmo:

—"Quiero ir a Italia. Comer helado frente al Coliseo. Luego, tomar un tren hasta Venecia y montar en una góndola. Después, quizá Francia... Oh, me encantaría ver la Torre Eiffel al atardecer. Y algún día, tal vez, Japón... Me imagino caminando bajo los cerezos en flor. Sería tan bonito..."

El inspector prestó atención. Era extraño, casi perturbador, oír la voz de alguien desaparecido hablar con tanto optimismo sobre el futuro. Apagó el aparato y se quedó pensativo. Aquellas palabras no parecían relacionadas de forma directa con la desaparición, pero había algo en ellas que no podía ignorar. Quizá, en esas grabaciones, había una pista que aún no lograba descifrar.

Tras la entrevista, Inar salió de la casa de los Ochoa con los casetes guardados en su maletín. El viento del norte, frío, lo envolvió al salir, pero apenas lo notó. Subió a su coche, encendió el motor y se dirigió hacia la estación de tren donde Leire había desaparecido.

Mientras conducía por las estrechas carreteras de Zeberio, sacó el *Walkman* del maletín, insertó uno de los casetes y presionó el botón de reproducción. La voz de Leire volvió a llenar el espacio, clara y llena de vida:

—"Quiero ir a Italia. Comer helado frente al Coliseo. Luego, tomar un tren hasta Venecia..."

Inar escuchaba con atención, tratando de captar algo que pudiera ser útil, algún detalle que, a simple oído, pasara desapercibido. Terminada la grabación, rebobinó la cinta y volvió a reproducirla. Una y otra vez, la lista de sueños de Leire se repetía, como un eco que resonaba en la soledad del coche.

Las palabras de la chica tenían una cadencia peculiar, como si estuviera narrando no solo sus deseos, sino algo más profundo. Cada vez que la escuchaba, algo en la voz de Leire lo inquietaba, pero no lograba identificar qué.

— "Después, quizá Francia... Me encantaría ver la Torre Eiffel al atardecer..."

Inar intentaba concentrarse, pero las palabras lo llevaban a imaginar a Leire, joven y llena de vida, soñando con un futuro que ahora parecía interrumpido de manera abrupta. El cielo seguía gris, y las primeras gotas de lluvia comenzaron a golpear el parabrisas. El sonido de la lluvia se mezclaba con la grabación, creando una atmósfera cargada de melancolía.

Al llegar a la estación, Inar detuvo el coche, pero no apagó el *Walkman*. La voz de Leire seguía sonando, ahora casi como un lamento que no podía ignorar. Bajó la mirada hacia el reproductor, sintiendo que esas palabras grabadas encerraban más de lo que aparentaban. Apagó el aparato, guardó el casete con cuidado y salió del coche.

La lluvia se había intensificado, y en cuestión de segundos, el agua comenzó a empaparle los hombros y el cabello. Con el cigarrillo aún en los labios, buscó un lugar donde resguardarse. Cerca de la estación había una marquesina desvencijada, lo bastante amplia como para ofrecerle algo de refugio. Caminó hacia allí a paso rápido, con las manos hundidas en los bolsillos y la chaqueta intentando cubrirle lo mejor posible.

Bajo la marquesina, sostenía el cigarrillo con dedos temblorosos. El humo ascendía mientras observaba las gotas de lluvia golpear el asfalto, formando pequeños charcos que reflejaban las luces mortecinas de la estación. El frío aire húmedo le calaba los huesos, pero permanecía inmóvil, esperando que la tormenta amainara.

El tiempo parecía ralentizarse. Escuchaba el constante tamborileo del agua, hipnotizado por el espectáculo de la naturaleza desatada. Pensó en Leire, en su risa contagiosa y en la esperanza que siempre llevaba consigo. La idea de que ahora solo quedara su voz en ese casete le provocó una punzada de dolor.

Encerrado en su refugio improvisado, se dio cuenta de que no tenía prisa por moverse. Quizá la lluvia lo había detenido a propósito, obligándolo a enfrentar los pensamientos que tanto había evitado. Mientras el cigarrillo se consumía entre sus dedos, decidió esperar, dejando que el tiempo y el agua hicieran su trabajo.

Estaba donde había aparecido el Fiat Punto gris de Leire. Sabía que no iba a encontrar mucho allí; ya lo habían revisado la noche anterior. Pero algo le decía que tenía que volver. Quizá había algo que los demás no habían visto. El lugar estaba tan desolado como lo describían. El Fiat de Leire estaba aparcado en el pequeño aparcamiento, intacto. Parecía un coche más, uno que alguien había dejado allí de paso. Inar se acercó y revisó los alrededores con cuidado. El vehículo no tenía signos de haber sido forzado, ni tampoco parecía haber huellas que indicaran que alguien más hubiera estado cerca.

Algo en la escena le resultaba inquietante. Se paró junto a las vías del tren, donde imaginó a Leire esperando. El aire era fresco, casi helado, y el silencio se sentía más profundo en aquel lugar vacío. Inar, mientras terminaba de fumar, miraba a su alrededor, tratando de ponerse en la piel de la joven. La oscuridad de la noche anterior y la soledad del lugar debieron de haber jugado un papel importante en lo que ocurrió. Pensó en los últimos momentos de Leire, en la sensación de estar sola en un sitio tan desierto. Algo o alguien debió de haberla abordado sin que ella se diera cuenta.

Al final del día, Inar volvió a la comisaría con pocas pistas y muchas dudas. Sabía que este caso iba a ser complicado, pero también sentía una especie de conexión con él. Había algo en el caso de Leire que lo perturbaba de manera intensa, algo que no lograba identificar.

Al llegar a su despacho, se dejó caer en la silla de cuero gastado, que chirrió bajo su peso. Abrió el segundo cajón de

su escritorio, un compartimento que mantenía reservado para sus noches más largas. Dentro, junto a un viejo revólver y un paquete de cigarrillos olvidados, descansaba una botella de whisky de etiqueta sencilla, con el vidrio empañado por las huellas de sus propias manos. Cogió la botella con cierto ritualismo, como si ese acto le ofreciera una tregua momentánea de la maraña de pensamientos que lo atormentaban.

Sacó un vaso bajo y pesado que guardaba en el mismo cajón. Aunque alguna vez pensó en traer una copa decente, el vaso tenía una funcionalidad tosca que le resultaba adecuada, como todo lo demás en su vida. Serviría. Sirvió un par de dedos del licor ambarino, sin hielo, sin agua. Puro. Lo sostuvo un instante frente a la tenue luz del flexo, observando cómo el líquido destilado parecía contener, en sus destellos, algo parecido a respuestas que nunca llegaban.

Mientras tomaba el primer sorbo, sintiendo el calor descender por su garganta, repasó lo poco que sabía: no había testigos, el coche estaba aparcado como si Leire hubiera planeado volver, y la parada del tren estaba vacía.

El whisky le raspó el paladar con una intensidad familiar, pero no reconfortante. Se inclinó hacia adelante, con el vaso en una mano y el codo apoyado sobre la superficie de madera rayada. La pregunta seguía rondando su cabeza como una sombra persistente: ¿Dónde estaba Leire? Y lo más importante, ¿quién se la había llevado?

El silencio de Zeberio volvía a envolverlo, pero esta vez no era el mismo silencio tranquilo de siempre. Era un silencio cargado de secretos y mentiras.

Para muchos, la desaparición de Leire Ochoa no era más que una incógnita que, poco a poco, iba sumiendo al pueblo en un estado de incertidumbre y temor. El caso no era solo una tragedia personal para sus padres, sino también una

sombra que se cernía sobre la comunidad.

Nadie estaba preparado para la brutalidad que se descubriría al octavo día.

OCTAVO DÍA

Aquella mañana, el aire se sentía pesado y el ambiente, cargado de una tensión que todos compartían. Las batidas de búsqueda habían sido intensas y meticulosas, organizadas por la Ertzaintza junto a los voluntarios del pueblo y los amigos de Leire. Cada rincón, cada sendero y cada esquina del bosque cercano habían sido revisados. Sin embargo, fueron unos voluntarios quienes dieron con la pista que pondría fin a la búsqueda.

La fosa no era más que un hoyo superficial, de unos cincuenta centímetros de profundidad, cavado en la tierra húmeda del pinar a tan solo unos metros de la casa de Leire. La tierra removida, reciente y suelta, se mezclaba con las hojas secas del pinar. Allí, entre la tierra oscura, asomaban los mechones de cabello caoba de Leire. Habían pasado siete días desde su desaparición.

El aire olía a tierra húmeda y a resina de pino. Las hojas secas crujían bajo los pies de los forenses, y el viento susurraba entre las ramas como si el bosque guardara sus propios secretos.

Inar estaba en la escena cuando encontraron el cuerpo. Observó cómo los agentes cubrían el lugar con cintas de precaución mientras el equipo forense se preparaba para exhumar el cadáver. Había un silencio abrumador, roto solo por el ruido lejano del viento entre los árboles. Inar encendió un cigarrillo con manos temblorosas y se mantuvo al

margen, observando con una mezcla de frialdad profesional y un nudo de angustia en el pecho.

El cuerpo de Leire estaba semi enterrado; su ropa faltaba. No llevaba las zapatillas ni el pantalón, lo que despertó en los forenses la sospecha de un posible crimen sexual. A simple vista, era difícil determinar si había sido atacada en otro lugar y luego trasladada al pinar. La escena no daba respuestas fáciles. No había señales de que el cadáver hubiera sido arrastrado.

No había señales de lucha, ni un solo rasguño que indicara que Leire hubiera intentado defenderse. La escena era demasiado limpia, demasiado calculada. Algo en todo aquello no encajaba. ¿Por qué traerla aquí?, pensó. Si la habían matado en otro lugar, ¿por qué no deshacerse del cuerpo de una forma menos evidente? ¿Y por qué elegir un lugar tan cercano a su casa?

Las preguntas seguían acumulándose, pero Inar sabía que encontrar las respuestas llevaría tiempo. Observó cómo los forenses levantaban el cuerpo con cuidado. Había un cierto respeto en la forma en que lo hacían, como si comprendieran la magnitud de la tragedia.

—Inar —la voz de Joxean interrumpió sus pensamientos—, tenemos un testigo que vio a un tipo extraño la noche de la desaparición.

Inar apagó su cigarrillo y se giró para mirar a su superior. Con su eterna mueca de seriedad, sostenía un cuaderno de notas en la mano.

—Un extranjero —dijo Joxean—. Alto, de unos treinta y pocos años. Con acento, quizás ruso. Lo vieron en el tren esa noche.

Inar apretó los dientes.

—¿Y no tenemos nada más?

—Por ahora, no. Pero es algo. Lo vieron en el tren esa misma noche. No sabemos más por ahora, pero es una pista que tenemos que seguir.

Inar frunció el ceño. En un pueblo como Zeberio, donde todos se conocían, un desconocido era como una mancha de tinta en un papel en blanco: imposible de ignorar.

—¿Algún nombre? —preguntó Inar.

—No. Solo la descripción. Alto, de unos treinta y pocos años, con acento extranjero.

Era poco, pero Inar sabía que, en un caso como este, cualquier pequeño detalle podía ser clave. Sin embargo, había algo más que lo inquietaba. La noche de la desaparición, Leire había hablado con alguien más, alguien mucho más cercano a ella. El hijo del dueño de la sidrería donde Leire trabajaba había sido el último en verla antes de que desapareciera.

EL PACTO

Carlos no respondió; aún estaba procesando todo lo ocurrido. Ella, en cambio, parecía imperturbable, como si lo que sucedió no tuviera la más mínima importancia.

—Haremos un juramento de sangre —anunció de repente, rompiendo el silencio con una voz solemne, casi ritual.

Sin dudarlo, tomó un cuchillo de la mesa. El cuchillo brilló bajo la luz tenue de la habitación. Ella lo sostuvo con una firmeza inquietante, como si fuera una extensión de su

voluntad.

Carlos sintió cómo el aire se espesaba, cómo cada segundo se alargaba hasta volverse insoportable.

Ella se hizo un corte limpio en la palma de la mano derecha. La sangre comenzaba a brotar, acompasada con los latidos de su corazón, pero su mirada permaneció fija en Carlos, intensa e impenetrable.

—Ahora tú —ordenó, con un tono que no admitía réplica.

—No estoy jugando —replicó él.

A pesar de su resistencia inicial, tomó el cuchillo con las manos temblorosas y se hizo un corte en la palma de la mano izquierda. Dobló los dedos por el dolor, pero extendió su mano hacia ella, que la recibió con fuerza. Sus sangres se mezclaron en ese gesto, sellando un pacto oscuro y silencioso que ambos sabían que no podrían romper.

—Este pacto representa el silencio. Nadie sabrá nunca de esto —declaró ella, su voz cargada de una gravedad perturbadora—. Lo juramos por nuestra madre.

Carlos asintió con debilidad, aunque el peso de esas palabras parecía hundirle el pecho. La noche continuó avanzando, pero él supo en ese instante que algo dentro de él había cambiado para siempre. Algo se había roto.

El resto de la noche la pasó sin dormir, con los ojos abiertos como platos, clavados en el techo. La gélida expresión de ella le daba vueltas en la cabeza. Todo lo que alguna vez había sido claro y sencillo ahora parecía envuelto en una densa niebla.

De repente, una sensación de náusea lo invadió. Corrió

al baño y vomitó en la oscuridad, incapaz de contener las arcadas. El eco del pacto resonaba con fuerza en su mente, reverberando como un latido constante que no podía ignorar. El silencio de la noche lo envolvía, opresivo como un sudario, mientras su conciencia luchaba por encontrar un atisbo de consuelo. Pero Carlos sabía que esa paz no llegaría. No después de lo que habían hecho.

ADOLESCENCIA

—Marian, préstame atención cuando te hablo —le suplicaba su abuela, con la voz debilitada por los años y la tristeza.

Pero Marian no escuchaba. La miraba, sí, pero sus pensamientos divagaban lejos, muy lejos de esa casa sombría. Había aprendido desde hacía mucho tiempo a desconectar de la realidad cuando no le convenía.

La pobre abuela se movía con dificultad, cada paso más lento y pesado que el anterior. Ya no era la misma mujer que intentaba hacerlos estudiar en primaria, que luchaba por mantener la casa en pie a pesar de las dificultades. Ahora, él tenía que encargarse de los recados, de ayudar en la cocina, mientras Marian pasaba horas en silencio encerrada en su habitación, planeando su próxima jugada.

—Pronto no estaré para vosotros —continuó la abuela con la voz rota—. Tendréis que ir a una casa con otros niños. Házmelo prometer, por favor, Marian... Cuida de él, prométeme que nunca lo abandonarás, pase lo que pase.

Marian fingió asentir. Era fácil, siempre lo había sido. Decir lo que los demás querían escuchar le permitía seguir adelante, obtener lo que quería. No sentía el peso de las

promesas, ni de las palabras que pronunciaba. Para ella, eran simples herramientas, vacías, sin significado.

Su abuela, creyendo haber arrancado un compromiso, murió poco tiempo después, llevándose consigo la última pizca de humanidad que había en ese hogar.

Cuando su abuela falleció, fueron llevados a la Fundación Casa de la Madre y el Niño, un hogar adoptivo. No había familia cercana que quisiera hacerse cargo de ellos, y la promesa que Marian había hecho murió junto con la anciana.

El hogar en el que terminaron estaba abarrotado de niños, cada uno con su propia historia de abandono y dolor. Para la mayoría, aquello fue un golpe más en una vida llena de dificultades. Para Marian, era otro lugar para sobrevivir, para jugar sus cartas y salir adelante.

En su adolescencia, perfeccionó su habilidad para mentir y engañar. Ya no solo manipulaba a los niños del hogar, sino también a sus compañeros de clase y profesores. Tenía una habilidad innata para adaptarse a cualquier situación, para decir justo lo que otros querían oír.

Los profesores la veían como una chica tranquila, quizás algo reservada, pero nada que indicara lo que en realidad era. Con los amigos, hacía lo mismo. Sabía cómo integrarse, cómo ser aquella que todos querían tener cerca, aunque en realidad no sentía apego por nadie. Solo eran piezas en su tablero, útiles hasta que dejaban de serlo.

CAPÍTULO IV

LAS NOCHES MÁS CÁLIDAS

Febrero de 2022

El equipo, mientras tanto, estaba al borde del colapso. Habían pasado los meses, y la falta de avances, el agotamiento y la constante presión pública pasaban factura.

El Observatorio Vasco LGTBI+ ha manifestado su profunda preocupación y alarma ante la serie de asesinatos que investiga la Ertzaintza, relacionados con un sospechoso que habría matado a varios hombres en Bilbao entre septiembre y octubre de 2021. Los encuentros con las víctimas se habrían organizado a través de una red de contactos, generando una sensación de inseguridad y temor dentro del colectivo.

En un comunicado oficial, esta federación de asociaciones que representan a la comunidad en Euskadi ha destacado la gravedad de los crímenes y la necesidad de una respuesta rápida y contundente por parte de las autoridades. Según informaciones de los medios de comunicación, el sospechoso habría sido identificado, aunque su paradero sigue siendo desconocido, lo que incrementa la angustia y la sensación de vulnerabilidad en la comunidad.

El Departamento Vasco de Seguridad, sin embargo, ha

mantenido la confidencialidad sobre los detalles del caso, debido a que la investigación se encuentra bajo secreto de sumario. Esta falta de información oficial ha generado críticas y demandas de mayor transparencia y acción por parte del Observatorio Vasco LGTBI+.

En su declaración, el observatorio ha pedido a las autoridades "la adopción de medidas urgentes y efectivas de protección y defensa de los derechos fundamentales del colectivo". Han subrayado la necesidad de destinar todos los recursos humanos y materiales necesarios para la investigación de estos hechos, ofreciendo la atención debida a las víctimas y a sus familiares.

Además, el comunicado ha hecho un llamamiento a la sociedad para mostrar solidaridad y apoyo hacia la comunidad en estos momentos difíciles. Es esencial que se refuerce el compromiso social con la igualdad y la protección de todos los ciudadanos, independientemente de su orientación sexual o identidad de género. "La violencia y el odio no tienen cabida en nuestra sociedad", ha señalado el observatorio.

Organizaciones y colectivos de otras regiones también han expresado su apoyo y solidaridad, sumándose a las demandas de acciones concretas para garantizar la seguridad y los derechos de sus miembros. Han organizado vigiliyas y manifestaciones para recordar a las víctimas y exigir justicia, destacando la importancia de no dejar que estos crímenes queden impunes.

La situación ha generado un intenso debate en los medios de comunicación y en la opinión pública, poniendo de manifiesto la necesidad de una mayor protección y reconocimiento de los derechos de la comunidad LGTBI+. Las autoridades, por su parte, han asegurado que están

trabajando para resolver el caso y llevar al culpable ante la justicia, reiterando su compromiso con la seguridad y la igualdad de todos los ciudadanos.

Este trágico evento ha servido como un doloroso recordatorio de los peligros que aún enfrenta la comunidad LGTBI+ y ha reforzado la determinación de luchar por un mundo más justo y seguro para todos.

Las noches más cálidas de los últimos años y los casos de coronavirus eran los temas que más se comentaban en la comisaría. El aire pesado de febrero estaba cargado de malas noticias. Naia, sentada en su escritorio mientras consultaba su teléfono, levantó la vista y comentó:

—Febrero se convertirá en el mes con más fallecidos desde la primera ola. Ya van seis muertos en un solo edificio de Santutxu, ¿lo sabías?

Inar, que revisaba una carpeta con informes, alzó la mirada con interés.

—¿Qué ha pasado en Santutxu? —preguntó mientras se acomodaba en su silla.

Naia suspiró y señaló la pantalla del ordenador.

—Un bloque de viviendas en la plaza de Haro. Hay 33 infectados y seis fallecidos. Dicen que fue por los ascensores. Dos pequeños elevadores que no dejan de usarse. Se habla de un posible supercontagiador. El virus se propagó como el humo en un espacio cerrado.

Inar dejó el informe a un lado y se cruzó de brazos.

—Un brote así expone lo que llevamos meses viendo: esta pandemia ha destrozado a los más vulnerables. —Frunció el ceño, pensativo—. Bilbao tiene que replantearse muchas cosas. ¿Te das cuenta de cómo la falta de espacios públicos y las malas condiciones de vida están pasando factura?

Naia asintió mientras tomaba un sorbo de su café.

—Es lo que llevo diciendo desde el principio. Si algo nos ha enseñado esto, es que la gente de los barrios más empobrecidos siempre es la que más sufre. Escucha esto: "Es necesario reforzar los servicios públicos y garantizar un entorno habitable". Lo leí en un artículo esta mañana.

Inar sonrió de lado, con un toque irónico.

—Es fácil decirlo en un despacho. Otra cosa es verlo de cerca.

La pandemia no solo sacudió a la sociedad; también había hecho visibles las grietas que siempre habían estado allí.

El tono de la conversación cambió cuando Inar recibió un mensaje en su móvil. Era una actualización del caso que llevaba semanas rondándole.

—Carlos. Me han informado de que suele frecuentar un bar en la zona de San Francisco. —Se levantó de la silla, recogió su abrigo y lo colocó sobre el hombro. Miró a Naia con determinación—. No puedo dejar pasar esta oportunidad.

Horas después, Inar entró en un oscuro bar latino. Era viernes, pasaban las once de la noche y el ambiente estaba cargado. La música retumbaba en sus oídos, un ritmo frenético que chocaba con el caos en su cabeza. El humo del tabaco y el olor a alcohol lo envolvían, pero Inar solo podía pensar en las preguntas sin respuesta que lo atormentaban.

Se sentó al fondo del estrecho local, donde las luces apenas iluminaban las esquinas, y pidió un trago. Mientras observaba a los parroquianos moverse al ritmo de la música, los pensamientos no dejaban de dar vueltas. Estaba saboreando un dulce ron Legendario.

—Hágale con fe, como dicen en Colombia —le dijo la camarera, mientras le sonreía.

La dulce chica contrastaba con el lugar. A sus espaldas,

se agrupaban algunos colombianos. El espacio era demasiado pequeño y el ambiente festivo, nada agradable. Las horas pasaban y los vasos se acumulaban. Cuando intentó levantarse para ir al baño, sintió un leve mareo. Salió a fumar un cigarro.

De fondo, sonaba una canción que decía:

*En el mundo siempre habrá
buena gente, mala gente,
el que niega, el que miente,
sabio, necio, indiferente.*

*Tabaco y ron,
tabaco, tabaco, tabaco,
tabaco y ron,
tabaco, tabaco, pero tabaco,
tabaco y ron,
quita esa mala gana, compadre,
que te va a matar esa amargura.*

Al llegar al fondo, salió una chica de los baños, llorando con desesperación. Un tipo que parecía africano, enorme, apareció detrás de ella, arreglándose los pantalones y subiendo la cremallera, mientras cerraba la puerta como si nada estuviera pasando.

Inar lo empujó y, con una agilidad sorprendente, se dio media vuelta. El tipo le conectó un golpe directo en la mandíbula, que lo hizo caer contra la barra. Las botellas de vidrio cayeron al suelo y estallaron en pedazos. El hombre se abalanzó sobre él. Aturdido, Inar alcanzó a coger un vaso y se lo rompió en la cabeza. La sangre brotaba a chorros. Una trompada por la espalda le impactó en la cabeza, y comenzó a ver doble mientras caía. En segundos, desde el suelo ensangrentado, pudo ver reflejos de luces azules y rojas, siluetas negras que corrían hacia donde él estaba.

—¡Voy a fallar, lo sé! —repetía Inar, como una condena inevitable.

Fue lo último que recordó antes de que todo se

desmoronara.

Despertó con un rayo de luz entrando por la ventana, cegándolo y quemándole los ojos. Intentó apartarse, pero todo le dolía.

Inar sintió cómo la rabia acumulada durante semanas estallaba en su pecho. No era solo una pelea; era una batalla contra su propia impotencia, contra las preguntas sin respuesta que lo consumían.

Naia estaba allí, tomando su mano con una ternura que lo molestó de forma profunda.

—¡Qué noche tuviste, querido! —dijo ella, su voz suave, llena de preocupación.

Inar la miró de forma fija, como si ella fuera una extraña. La cabeza le estallaba y el resto de su cuerpo le pedía que dejara de existir.

—¿Qué haces aquí? —su tono salió cortante, como si su propia rabia se derramara hacia ella sin poder evitarlo.

Naia no se inmutó, con una sonrisa triste en los labios.

—Hace mucho que no te divertías tanto —respondió, sin comprender del todo la distancia en sus palabras.

Él cerró los ojos, sintiendo que el mundo se desvanecía, arrastrado por su propio caos interno.

—La cabeza me parte en mil pedazos —murmuró, con la voz rota, como si esas palabras fueran el único consuelo que podía encontrar.

—Verás... no quiero verte —añadió, ahora con un tono más frío, casi indiferente, mientras se pasaba la mano por el rostro, intentando ahogar cualquier atisbo de compasión que pudiera quedarle.

Naia suspiró, de manera afectada, pero decidió seguir adelante.

—Vaya noche, tío. Joxean va a realizar una investigación interna sobre lo que sucedió. Mientras tanto, estás suspendido hasta que te recuperes.

Inar soltó una risa seca, amarga.

—¡Vaya mierda! —exclamó, la rabia acumulada en su interior explotando en una sola palabra.

Naia no se detuvo, pero su mirada era ahora más intensa, como si tratara de alcanzar algo dentro de él.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí? —su voz se quebró, casi como una súplica, pero Inar no podía soportarlo.

—Una noche. No es nada grave. Una contusión por el golpe. Estarás en observación. ¿Le aviso a tu madre?

—No hace falta. No quiero que se preocupe —respondió tajante, con los ojos clavados en el vacío, como si nada tuviera importancia.

El silencio que siguió fue denso, pesado. Inar apenas respiraba; su cabeza era un torbellino de pensamientos autodestructivos. Cada palabra de Naia le parecía una carga más, una presión que no deseaba.

— Te he dicho que te vayas —respondió Inar, alterado, apretando los dientes, como si su propia vida estuviera colapsando en ese momento.

Naia lo miró por un segundo, su expresión triste, pero entendió. Dio media vuelta.

—Nos vemos mañana. ¡Agur! —dijo, con un susurro que apenas alcanzó a escuchar.

Inar permaneció inmóvil, mirando la ventana, como si el mundo entero hubiera dejado de existir. No se despidió de Naia. No podía. No merecía hacerlo. Pensó en cómo su vida se desmoronaba, una pieza tras otra, y se sintió más solo que nunca.

Salió de la clínica y, mientras caminaba, observaba con más detenimiento a los inmigrantes en la calle. Ya podía diferenciarlos con facilidad: los latinos solitarios, sentados en bancos de plazoletas con la mirada triste y perdida, o aquellos que iban a bares a matar sus penas.

—¿Y tú, Carlos? ¿Cómo pasas tu tiempo?

—Lobos y ovejas mezclados en la sociedad.

Lo primero que hizo fue ir a visitar a su madre. Compró comida china por el camino.

—Estoy suspendido una semana —le dijo mientras comían—. Me voy a quedar contigo estos días.

—¿Qué has hecho? —preguntó, con cara de preocupación.

—Nada grave, tuve una pelea.

—Vas a tener que beber menos, vas muy seguido a los bares. Antes no eras así, salías más y hacías ejercicio.

Al terminar la comida, subió a la terraza y prendió un cigarro. Inar se miró en el espejo redondo antiguo que colgaba de la pared, pero esta vez no se reconoció. Veía a alguien más; en sus ojos no había nadie ahí. La imagen que le devolvía el cristal era la de un hombre que había dejado de luchar.

Su vida se había salido de control hacía mucho tiempo. Aquello que en su día pareció una serie de elecciones fallidas, hoy se había transformado en un ciclo interminable de autodestrucción. La autopredicción de su caída era algo que había cultivado durante años, y ahora, al mirarse en el espejo, comprendía que ya no había forma de frenar lo que había comenzado. La caída estaba completa, y a él ya no le quedaban fuerzas para resistir.

TESTIGO CLAVE

Cada mañana, antes del amanecer, Inar se despertaba con puntualidad militar. La alarma sonaba a las 5:00 en

punto y, como un reloj, se levantaba sin dudar. Sus primeros minutos eran de absoluta quietud, esos en los que la oscuridad aún dominaba su habitación y el mundo parecía estar en pausa. Sin prisas, caminaba hacia el baño, donde se afeitaba con una navaja de afeitar clásica, disfrutando de la calma que le otorgaba el ritual de rasurarse.

Después del afeitado, se ponía su ropa deportiva: unas mallas de compresión negras y una camiseta ajustada que dejaba respirar su piel. Le gustaba correr antes de que el sol despertara por completo, cuando el aire estaba fresco y el mundo aún parecía estar adormecido. Salía de su casa y comenzaba a trotar sin prisas, con un paso firme pero relajado. Durante unos tres o cuatro kilómetros, se despejaba, y el ruido del mundo desaparecía. Era su momento para ordenar los pensamientos, para reflexionar sobre los casos pendientes y para despejarse de las tensiones acumuladas.

El paisaje de las calles vacías del pueblo, con la luz tenue del amanecer tocando las fachadas de las casas, le proporcionaba una sensación de serenidad. La rutina de correr se había convertido en su válvula de escape, un ejercicio que mantenía su cuerpo en forma y su alma en foco. Seguía teniendo una resistencia envidiable, y no pensaba en dejar de correr. Sabía que, si alguna vez lo hacía, algo en su interior se rompería.

Al regresar, ya con el sudor pegado a su piel, se dirigía a la cocina. Preparaba su café con la cafetera moka, disfrutando del proceso como si fuera una pausa entre su entrenamiento físico y la exigente jornada que le esperaba. El aroma del café recién hecho llenaba la estancia y le otorgaba esa sensación de que, al menos por unos minutos, todo estaba bajo control.

Su ropa era sencilla pero precisa: pantalones de lana gris, camisa de algodón blanca, un suéter de color oscuro y, como

siempre, su chaqueta de cuero que había visto mejores días pero que lo acompañaba en todas sus investigaciones. La elección de colores oscuros no era casual: el negro, el gris y el azul marino lo hacían pasar desapercibido en cualquier situación.

Antes de salir, tomaba un par de tragos de agua, se ponía las botas y cogía las llaves del coche. En el camino a la comisaría, Inar aprovechaba el silencio de las primeras horas del día para repasar los detalles del caso. Su cerebro trabajaba con precisión, como una navaja afilada. Era una rutina que había seguido durante años, una forma de controlar su vida en medio del caos que a menudo traían los casos que investigaba.

Inar se dirigía a la sidrería que, como era habitual en un pueblo pequeño, estaba cerrada de forma temporal debido al impacto de la desaparición de Leire. Cuando llegó, el dueño —un hombre de mediana edad llamado Patxi— lo recibió con la mirada perdida; era como si no estuviera presente, se notaba muy afectado por lo ocurrido. Era conocido por su carácter afable y su cercanía con los vecinos, pero esa tragedia había dejado su huella.

—Mi hijo... Josu fue el último en hablar con ella —dijo Patxi con la voz quebrada—. La vio cuando salió del trabajo.

Inar asintió y le pidió hablar con Josu. El joven, de veintisiete años, llegó poco después. Su rostro mostraba una mezcla de culpa y angustia.

—Ella parecía normal, como siempre —comenzó Josu, pero su voz tembló al pronunciar las palabras. Se aclaró la garganta, tratando de mantener la calma, pero sus ojos se movían inquietos, buscando un punto en la sala donde posarse que no fuera la mirada del inspector. Sus manos, apoyadas en la mesa, estaban húmedas, y se retorció los dedos sin darse cuenta, como si con ese gesto pudiera encontrar algo de control en medio de la tormenta que sentía dentro.

El silencio del interrogatorio era insoportable. La tensión lo hacía dudar incluso de su propia memoria. Intentaba recordar cada detalle, cada palabra, pero todo le parecía confuso, como si sus pensamientos estuvieran jugando con él.

—Yo... yo no sé más —dijo, intentando sonar seguro, pero el tono tembloroso lo traicionó. Tragó saliva, notando el nudo que se formaba en su garganta, mientras el inspector lo miraba en silencio, analizando cada gesto, cada pausa.

Se pasó la lengua por los labios resecos, tratando de encontrar algo de alivio a la incomodidad. “¿Y si no me creen?”, pensó, aunque sabía que era inocente. Pero el miedo a ser malinterpretado lo paralizaba.

—De verdad... ella estaba normal, como siempre. No sé nada más —repitió, esta vez con un tono más firme—. Me dijo que se iba a las fiestas de Llodio y que pasaría primero por su casa a cambiarse. No noté nada raro.

—¿Viste a alguien sospechoso esa noche? —preguntó Inar.

Josu negó con la cabeza.

—Nada fuera de lo común. Leire estaba bien. Me despedí de ella y eso fue lo último que supe.

Inar tomó nota, pero algo en la forma de hablar de Josu le resultaba extraño. No había indicios directos de que el chico tuviera algo que ver con la desaparición, pero estaba claro que había más por investigar.

LAS PRIMERAS CONCLUSIONES

El hallazgo del cuerpo de Leire solo complicaba más el caso. Inar repasaba las pocas pistas que tenía. Estaba el extranjero que había sido visto en el tren, el coche de Leire aparcado en la estación, su ropa desaparecida y la fosa en el pinar. Y luego estaba la incertidumbre que envolvía todo: ¿fue un ataque al azar o alguien cercano a ella estaba

involucrado?

El forense confirmó la teoría de Inar: Leire había muerto por asfixia, pero no había señales evidentes de violencia en el cuerpo más allá de eso. La falta de sus zapatillas y pantalón hacía pensar en un posible crimen sexual, pero la ausencia de pruebas concretas dejaba todo en el aire.

La escena del crimen no les ofrecía mucho.

—Parece que usaron una bolsa de plástico, pero no hemos encontrado ningún rastro de ella.

Inar sabía que las investigaciones más exitosas eran aquellas en las que las pistas surgían de los detalles pequeños, de las contradicciones en los testimonios, de las pequeñas mentiras que a veces pasaban desapercibidas. Había algo en este caso que no estaba claro, algo que debía estar pasando por alto.

—Quiero hablar con sus amigas —dijo Inar, dirigiéndose a Joxean—. Y seguir de cerca la pista de este tipo que vieron en el tren.

Joxean asintió.

—Hazlo. Pero no te centres solo en esa pista, Inar. Este pueblo es pequeño, y a veces las respuestas están más cerca de lo que creemos.

El silencio de Zeberio era más profundo de lo que parecía, y bajo esa tranquilidad aparente se escondían secretos que aún no habían salido a la luz. La investigación acababa de empezar, y él no descansaría hasta descubrir qué le había ocurrido a Leire Ochoa.

Sentado en el coche patrulla, con la puerta abierta y un cigarrillo colgando de los labios, Inar miraba a través del parabrisas empañado por la humedad del otoño. El frío se colaba por la ventanilla, mezclándose con el humo del cigarrillo, y el olor a tierra mojada impregnaba el aire.

—Joder —murmuró, tirando el cigarrillo al suelo de tierra y pisándolo con furia.

Se sentía perdido, no solo en el caso, sino en su vida. Había llegado a Zeberio con la intención de demostrar su valía, de empezar su carrera como inspector con éxito. Pero ahora, tres meses después, lo único que tenía eran dudas. Dudas sobre sus habilidades, sobre las decisiones que había tomado, sobre su futuro en la policía. El peso del fracaso lo aplastaba, y cada día que pasaba sin respuestas lo hundía más en un pozo del que no sabía cómo salir.

En ese momento, un hombre mayor entró en la comisaría con pasos vacilantes, como si cada paso lo acercara a un abismo. Inar lo observó con atención desde el coche, sintiendo que aquel hombre guardaba un secreto que podría cambiar todo. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a nublar su visión del parabrisas, y sin pensarlo dos veces, salió corriendo y entró a la comisaría.

Era un testigo inesperado. Un hombre mayor, vecino de la estación de tren, apareció con el rostro pálido y nervioso. El chico que estaba de turno en la administración lo acompañó hasta la sala de interrogatorios. Era del pueblo, alguien que había guardado silencio durante mucho tiempo, quizás por miedo o por no querer verse envuelto en el escándalo.

Inar lo llevó a una sala a solas, mientras se servía un café para él y otro para el hombre mayor. La habitación era pequeña, con una mesa de madera desgastada entre ambos. Las paredes, pintadas de un verde apagado, parecían absorber la tensión que flotaba en el aire.

Tras muchas reticencias, y tras asegurarle anonimato, el hombre confesó haber visto algo que podía cambiar el rumbo de la investigación.

Se sentaron enfrentados, con la mesa pequeña de por medio. El hombre mayor jugueteaba con la taza de café, evitando la mirada de Inar. Después de una hora, con un hilo de voz, dijo:

—Vi a alguien... —hizo una pausa, como si le costara

sacar las palabras—. Creo que sé quién es el que estuvo con la chica aquella noche.

Inar sintió cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. Este testimonio, aunque tardío, podía ser la clave que estaban buscando. El hombre se inclinó hacia él, y con un tono casi conspirativo, susurró:

—Es alguien del pueblo.

Inar apretó los puños bajo la mesa, tratando de mantener la calma. Aquella revelación, aunque críptica, prometía ser la pista que necesitaba. El caso de Leire Ochoa, lleno de callejones sin salida y falsas esperanzas, estaba a punto de tomar un giro inesperado.

Inar trataba de entender; se llenó de preguntas mientras el testigo abandonaba la comisaría. ¿Quién en el pueblo podría estar involucrado? ¿Era alguien que ya habían interrogado? ¿Alguien que había estado bajo sus narices todo el tiempo? Sabía que debía manejar esta nueva información con cuidado, pero, por primera vez en semanas, sentía que estaban cerca de algo.

Inar miraba por la ventana de la comisaría. Las calles de Zeberio estaban desiertas, iluminadas solo por las farolas que parpadeaban bajo la lluvia. Sabía que el caso de Leire Ochoa estaba a punto de dar un vuelco. Los secretos del pueblo empezaban a salir a la superficie, y con ellos, la verdad sobre la noche en que Leire desapareció.

HIPOCRESÍA

Cuando nadie lo veía, Carlos sacaba su otro móvil y revisaba las notificaciones de las aplicaciones de citas. Tenía varias de ellas, y lo que nadie sabía era que buscaba hacer *match* con hombres.

Su atracción por los hombres había sido siempre un enigma doloroso, una contradicción que lo atormentaba. El maltrato y las agresiones de él habían dejado una huella imborrable, pero también habían despertado en él un deseo que no podía negar, ni entender del todo. Esos recuerdos

oscuros siempre estaban al fondo de su memoria: las manos ásperas, el olor a alcohol y tabaco que impregnaba la habitación. Aquellos recuerdos lo perseguían como sombras que no podía sacudirse, incluso cuando fingía ser alguien más.

No le quedó otra opción que salir a la calle y buscarse la vida, comenzando con pequeñas estafas.

Le atraía la doble vida que llevaba; al pasar los años, había aprendido a ocultar su lado oscuro. Sin embargo, en ocasiones se le iba de las manos. Como esa vez en que lo metieron en una comisaría por consumo de alcohol en la vía pública. Fue una experiencia humillante, pero le sirvió de lección. Si veía a la policía, su corazón se aceleraba y sus manos sudaban, recordándole lo frágil que era su situación. La última vez que perdió el control, todo se le vino abajo. Cogió su gorra y se fue muy veloz, olvidando su mochila con todo dentro. Preso del pánico, llamó pidiendo disculpas, tiró el teléfono y trató de olvidar esa noche.

Cuando todo se desmoronó aquella noche, Carlos no vio otra salida que marcharse a Murcia con su novia. El viaje fue interminable, una sucesión de kilómetros marcados por el zumbido del motor y el eco de sus propios pensamientos. Cada recta en la carretera parecía acercarlo más a un abismo que no podía nombrar. Condujo con extremo cuidado, temeroso de cometer cualquier error que atrajera la atención de la policía. Al llegar, el calor sofocante de Murcia le golpeó como un recordatorio de que allí también tendría que seguir huyendo, aunque fuese en silencio.

Su novia vivía en un pequeño piso en el centro de la ciudad. Las paredes, de un color crema desvaído por el tiempo, parecían contener los ecos de una vida que no era la suya. Las fotografías familiares y los cuadros abstractos, comprados en mercadillos, le recordaban lo ajena que era esa existencia para él. A Carlos siempre le pareció que aquel lugar tenía algo acogedor y opresivo al mismo tiempo, como

si reflejara la vida tranquila que ella anhelaba y de la que él sabía que jamás formaría parte.

Al entrar, ella lo recibió con una sonrisa cálida, sin hacer demasiadas preguntas, aunque su mirada tenía un destello de preocupación.

—¿Todo bien? —le preguntó mientras le ofrecía un vaso de agua fresca.

Carlos mintió con la facilidad de siempre, asegurándole que solo necesitaba unos días para desconectar del estrés del trabajo. Pero incluso mientras fingía disfrutar de las películas románticas que ella elegía, una inquietud latente no le daba tregua. Los recuerdos de lo que había dejado atrás volvían como un golpe seco en el pecho.

Más tarde, cuando la noche cubrió la ciudad con su manto de sombras, Carlos salió del piso sin decir nada. Caminó sin rumbo aparente, como si sus pies lo llevaran por un camino que solo él conocía, hasta llegar al lago cercano, escondido en un parque a las afueras del bullicio urbano. El lago era un espejo quieto bajo la luz de la luna, su superficie negra como tinta, reflejando apenas los contornos de los árboles que lo rodeaban. Era un lugar que parecía existir fuera del tiempo, un refugio silencioso donde los secretos podían hundirse y desaparecer para siempre.

Sacó el móvil del bolsillo, sintiendo su peso como si fuera una carga que lo hundía más en el fango de su doble vida. El dispositivo era más que un teléfono: era un vínculo con todo lo que había intentado dejar atrás, un recordatorio constante de las mentiras que había construido y las vidas que había destruido. Con una expresión impasible, pero con las manos temblorosas, aplastó el chip con la suela de su zapato, como si con ese gesto pudiera borrar todo rastro de su pasado. Luego tomó el dispositivo y lo rompió en pedazos a golpes, dejando que los fragmentos cayeran al suelo, como los restos de una identidad que ya no podía sostener.

Con cuidado, recogió todas las piezas y las metió en una bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo. Miró alrededor y, entre los arbustos cercanos, encontró una piedra grande y pesada. La introdujo en la bolsa junto con los restos del móvil, cerrándola con un nudo firme. La piedra era fría y áspera al tacto, como si fuera un fragmento de la tierra misma, dispuesta a arrastrar sus secretos hacia las profundidades.

Se acercó a la orilla del lago, donde los grillos entonaban su serenata nocturna. El aire estaba impregnado del aroma húmedo de la vegetación y el agua estancada, un olor que le recordaba a la descomposición, a algo que se pudría en la oscuridad. Carlos giró la bolsa en su mano un par de veces, calculando la distancia, y al final la lanzó con fuerza. El chasquido del agua al romperse la superficie interrumpió la calma de la noche, creando un eco breve que desapareció tan rápido como había llegado. Las ondas se expandieron en círculos concéntricos, como si el lago estuviera tragándose no solo el móvil, sino también una parte de él.

Se quedó allí unos minutos, mirando las ondas en el lago disiparse bajo la tenue luz de la luna. El agua volvió a su quietud original, pero Carlos sabía que lo que había arrojado allí no se lo tragaría tan fácil. El lago era un reflejo de su propia oscuridad, un abismo que guardaba sus secretos pero que también lo devoraba desde dentro. Respiró hondo, esperando que el aire fresco limpiara su alma, pero solo encontró un vacío que lo consumía por completo. Cada paso de regreso al piso de su novia lo acercaba más a una mentira que ya no sabía si podía sostener.

El camino de vuelta lo llevó a través de un sendero bordeado de árboles cuyas ramas se entrelazaban sobre su cabeza, formando un túnel oscuro que parecía conducirlo de vuelta a una realidad que no quería enfrentar. Las sombras se movían a su alrededor, como si lo observaran, como si

supieran la verdad que él intentaba ocultar. Cada paso resonaba en su oído, un eco constante de las decisiones que lo habían llevado hasta allí.

Cuando llegó al piso de su novia, se detuvo frente a la puerta, sintiendo el peso de la llave en su mano. La luz de la luna se filtraba por la ventana, iluminando el umbral como si fuera una frontera entre dos mundos. Del otro lado estaba la vida que había construido, una fachada de normalidad que ocultaba la oscuridad que llevaba dentro. Pero ahora, esa fachada se resquebrajaba, y Carlos no sabía cuánto tiempo más podría mantenerla en pie.

Abrió la puerta y entró en silencio, como si fuera un intruso en su propia vida. El aire dentro del piso era cálido y familiar, pero para Carlos, cada respiración era un recordatorio de la mentira en la que vivía. Se sentó en el sofá, mirando las sombras que bailaban en las paredes, y supo que, tarde o temprano, el lago reclamaría lo que le pertenecía. Y cuando eso sucediera, no habría vuelta atrás.

EL INICIO DEL CAOS

A los dieciocho años, Marian salió del orfanato. Se liberó del sistema, pero no sin antes asegurarse de que todo el mundo en ese lugar la recordara. Había dejado su huella en cada rincón de aquel hogar, tanto en las personas como en los espacios. Sabía que, a partir de ese momento, el mundo exterior era suyo para conquistar. Ahora, fuera del control de los adultos, tenía la libertad de actuar sin restricciones.

Podía llorar a voluntad, construir historias elaboradas en cuestión de segundos y hacer que los demás creyeran que ella era la víctima, cuando en realidad era la cazadora. Los profesores que la habían visto como una chica prometedora

nunca imaginaron lo que se ocultaba detrás de esa fachada de perfección. Y sus amigos habían sido meras herramientas, descartadas una vez que ya no servían a sus propósitos.

Marian siempre había sido una observadora silenciosa, absorbiendo el comportamiento de los demás como una esponja. Cada gesto, cada palabra, cada debilidad era una pieza más en el rompecabezas que construía. Sabía que el poder no estaba en la fuerza, sino en la capacidad de ver lo que otros no podían. Desde que salió del orfanato, sus primeros años como adulta fueron marcados por pequeños robos, actos que, para cualquier otra persona, hubieran sido pasos desesperados para sobrevivir. Para Marian, eran simples juegos, pequeños ensayos de algo mucho más grande.

Su primer robo importante fue casi accidental. Entró en una boutique de lujo en el corazón de Bogotá, donde el aire olía a cuero caro y a perfume de marca. Fingiendo ser una joven adinerada, deslizó sus dedos sobre las prendas como si fueran suyas, mientras las dependientas la observaban con una mezcla de envidia y admiración. Llevaba semanas practicando el tono de su voz, los gestos de superioridad, el aire de despreocupación que se supone que tienen los ricos. Caminó entre los maniquíes como si el mundo le perteneciera, y las dependientas, obnubiladas por su seguridad, no sospecharon nada cuando, tras probarse varias prendas, salió sin pagar por una chaqueta de cuero que escondió bajo su abrigo.

La adrenalina corrió por sus venas como un torrente, embriagándola con una sensación de poder que nunca antes había experimentado. No había rastro de culpa o remordimiento, solo la certeza de que había cruzado un umbral del que no habría vuelta atrás. El poder de controlar a los demás, de engañar a sus víctimas con una facilidad que

le resultaba casi insultante. Ese primer robo fue solo el inicio. A partir de ahí, Marian empezó a perfeccionar sus métodos. Ya no solo robaba ropa, sino que comenzó a interesarse por objetos de mayor valor: relojes, joyas, carteras. Era una artista del engaño, entrando y saliendo de tiendas con el botín bien escondido, siempre impecable, siempre una sombra que se desvanecía antes de que nadie notara la pérdida.

CAPÍTULO V

RETRATO ROBOT

Inar se encontraba frente a Joxean, su jefe, en el despacho lleno de papeles y fotografías del caso. Joxean estaba sentado detrás de su escritorio, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba preocupación y severidad.

—La investigación interna ha terminado —dijo Joxean, rompiendo el silencio—. No hay cargos contra ti, pero eso no significa que estés fuera de peligro. Sigues en el ojo de la tormenta, Inar. Un paso en falso y todo esto se te vendrá encima.

Inar asintió, sintiendo el peso de las palabras de su jefe. Sabía que Joxean tenía razón, pero también sabía que no podía detenerse. No ahora.

—Entiendo —respondió, con voz firme—. Pero necesitamos avanzar. Tenemos que hacer algo más.

Joxean lo miró con escepticismo, como si ya supiera lo que venía.

—¿A qué te refieres?

—Quiero presentar el retrato robot del sospechoso a los medios de comunicación —dijo Inar, sin vacilar—. Es la

única forma de presionarlo, de hacer que cometa un error.

Joxean se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio.

—¿Quieres que difundamos su rostro? —preguntó, con incredulidad—. ¡Es una locura! Si lo perdemos, si se nos escapa o si esto sale mal, no me haré cargo de esto. Tu carrera está en juego, Inar. Y esta vez, no podré protegerte.

Inar sostuvo la mirada de Joxean, sin apartarse.

—Lo sé —dijo—. Pero no tenemos otra opción. Si no lo hacemos, este caso se nos irá de las manos.

Encendió un cigarro con manos temblorosas, inhalando el humo como si fuera el último aliento de aire antes de sumergirse en las profundidades. Se apoyó contra la pared, sintiendo el frío del hormigón a través de su camisa, mientras la decisión que estaba a punto de tomar resonaba como un eco siniestro.

Joxean hizo lo mismo, ambos en silencio mientras el humo se disipaba en el aire. La tensión era palpable. Sabían que estaban apostando todo en este movimiento audaz.

—Es todo o nada —dijo Inar, con voz grave y resuelta—. Si no lo hacemos, no hay forma de avanzar. Mi carrera, mi reputación... todo está en juego.

Joxean suspiró y, con un gesto de resignación, se levantó de su asiento y golpeó la puerta al salir, sin decir más. La decisión estaba tomada, aunque no estaba de acuerdo.

Esa misma mañana, Inar envió un correo a todos los medios de prensa que conocía. El asunto del mensaje era claro y directo: «El asesino en serie de Bilbao: máxima difusión». En el mensaje, adjuntó la foto del retrato robot de

Carlos, con instrucciones para que los medios lo difundieran de forma masiva.

Descripción del individuo:

- Sexo: Masculino.
- Nacionalidad: Colombiana.
- Edad aproximada: Entre 25 y 35 años.
- Complexión: Delgada o atlética, con un rostro definido de líneas simétricas.
- Altura aproximada: Se podría estimar entre 1,65 m y 1,75 m, considerando la proporción del rostro.
- Cabello: Oscuro, corto y bien recortado, con un estilo sencillo y pulcro.
- Rasgos faciales: Cara ovalada, mandíbula marcada de forma moderada, cejas rectas y proporcionadas, nariz recta, labios delgados y mentón definido.
- Expresión facial: Neutra o seria, proyectando calma, pero con una mirada directa que podría percibirse como firme o analítica.
- Vestimenta: Lleva una prenda de color amarillo mostaza; puede ser una camiseta o suéter de estilo casual, sin elementos decorativos visibles.
- Particularidades: Sin marcas visibles como cicatrices, tatuajes o perforaciones, al menos en el área expuesta del rostro.

A medida que avanzaba el día, la reacción fue explosiva. La foto de Carlos comenzó a circular a toda velocidad por

las plataformas de noticias y redes sociales. La imagen se volvió viral, saturando los canales de comunicación con comentarios, especulaciones y solicitudes de entrevistas. La presión era abrumadora.

En la comisaría, los periodistas se agolpaban frente a la puerta principal, como un enjambre de moscas. Al pasar entre ellos, Inar se vio empujado y cuestionado. Respondió con un cortante:

—Es una investigación en curso.

Evitó el contacto visual y desvió la mirada a medida que avanzaba.

Sentado en la penumbra de su oficina, Inar encendió un mechero y observó la pequeña llama bailar. El resplandor era la única luz en la habitación. Sintió el peso de su decisión. «Mi carrera en juego. Todo al negro, como una ruleta. Apuesto a la oscuridad», pensó, mientras la incertidumbre lo envolvía.

Los días siguientes fueron un torbellino de caos. Las noticias falsas y los rumores se multiplicaron como un virus, infectando cada rincón de la investigación. Inar se sintió como un hombre que había abierto la caja de Pandora, sabiendo que ya no había vuelta atrás. El equipo se enfrentó a una creciente avalancha de desinformación y teorías sin fundamento.

EL TESTIGO

El hombre mayor, que había despertado la esperanza de la Ertzaintza al señalar a alguien como el posible asesino,

ahora parecía menos seguro. Inar lo observaba con detenimiento mientras el anciano intentaba describir lo que había visto aquella noche, de nuevo.

—Yo... no lo vi bien, inspector —dijo el testigo, su voz temblorosa—. Estaba oscuro, pero me pareció que era él, el hijo del dueño de la sidrería. Lo conozco desde que era un crío, y juraría que era él.

Inar lo escuchaba con atención, pero la falta de seguridad en su declaración era evidente. Aquel hombre estaba basando su testimonio en recuerdos vagos, en una sensación más que en una certeza. Aun así, dadas las pocas pistas que habían surgido en los últimos meses, aquello era lo más sólido que tenían. Y con la presión pública aumentando, la Ertzaintza necesitaba actuar.

EL ARRESTO

El arresto de Josu, el hijo del dueño de la sidrería, se llevó a cabo con la mayor discreción posible. Pero en un pueblo tan pequeño como Zeberio, el rumor corrió como la pólvora. Los vecinos se arremolinaban frente a la comisaría, sus murmullos formando un coro de condena y curiosidad. Josu, de 27 años, con el rostro pálido y los ojos vidriosos, era escoltado por dos agentes hacia el coche policial. Sus manos, esposadas a la espalda, temblaban, mientras su padre gritaba su inocencia desde la puerta de su casa. La imagen no tardó en aparecer en todos los noticiarios.

—¡Es inocente! —gritaba el padre de Josu desde la puerta de su casa—. ¡Mi hijo no hizo nada!

Pero las cámaras solo captaban la cara desconcertada del chico mientras era introducido en el coche, con las manos

esposadas a la espalda.

Inar observaba desde la distancia, su ceño fruncido reflejando la incomodidad que lo corroía por dentro. Sabía que el arresto de Josu era una jugada desesperada, pero la presión pública y la falta de pistas lo habían empujado a actuar. Cada fibra de su ser le decía que algo no encajaba, pero la necesidad de resultados inmediatos lo había cegado.

Josu había sido interrogado antes y, aunque no era una persona extrovertida, nada en su comportamiento había levantado sospechas claras. Sin embargo, ahora, con el testimonio del anciano, no había opción: debían investigar más a fondo.

LA PRESIÓN MEDIÁTICA

Los medios de comunicación hicieron su trabajo. En cuestión de horas, la imagen de Josu Hernando estaba en todos los canales, en los periódicos y en las redes sociales. El pueblo, antes en estado de shock por la desaparición de Leire, ahora tenía un chivo expiatorio al que culpar.

«Detenido el asesino de Leire Ochoa», «El hijo del dueño de la sidrería bajo sospecha», eran solo algunos de los titulares que circulaban. Las autoridades locales estaban bajo una presión insoportable para resolver el caso, e Inar lo sentía más que nadie. Sabía que necesitaban pruebas, no solo suposiciones, y que el testimonio del anciano no sería suficiente para condenar a Josu Hernando.

La rueda de reconocimiento

Con la detención de Josu, se organizó una rueda de